CUATRO NOVELAS CHECAS

0
c

JAN DRDA

LUDVÍK AŠKENAZY

CUATRO NOVELAS CHECAS

CUATRO NOVELAS CHECAS

Gl Academia Carioca de
Letras, oferta
do consocio
Rio, 18.5.62

ORBIS • PRAGA • 1957

890
C1C

PREFACIO

Este manojo de cuentos que ofrecemos hoy a nuestros lectores de habla española no tiene la pretensión de dar una idea completa de la creación literaria de los autores representados en nuestro libro por algunas de sus obras menores. Y aunque éstas faciliten al lector una breve visita al obrador de dichos escritores, tienden más bien a hacerle sabedor de algunos aspectos de la vida de la Checoslovaquia de nuestros días, a darle a conocer algunos problemas relativos al cambio que va operándose en la gente en una sociedad que está en plena transformación, problemas que campean en la evolución habida en el lapso de los diez últimos años que han seguido a la liberación del país.

Los hombres de letras de la nueva Checoslovaquia se plantean el cometido de interpretar con verdad artística la rica corriente de estos cambios, de seguir la dramática lucha (particularmente en las generaciones más viejas) entablada entre lo viejo y lo nuevo en la mente de sus coetáneos y, fundiéndolas en el crisol de su fantasía artística, plasmarlas en los protagonistas y héroes de sus cuentos, relatos, novelas y dramas. Y ello en relación no sólo a la lucha contra las supervivencias del pasado, lucha del hombre contra los obstáculos que se in-

terponen en su camino de dominio de la naturaleza, sino también en relación a la lucha contra la tendecia al compromiso en el pensar, en la volición y sus actos, contra el tener una visión estrecha de la vida y del mundo que nos rodean.

Las bellas letras de la Checoslovaquia actual se caracterizan por su firme ligazón con la vida y por sus íntimos vínculos con el lector. Los literatos conviven con les trabajadores recorriendo todos los rincones de la República, les comunican sus planes literarios para el futuro, escuchan sus palabras críticas, se cercioran de que sus obras los retratan fielmente y ven las impresiones que aquéllas suscitan.

Es comprensible a todas luces que las discusiones en torno al papel del artista en la nueva sociedad, a los cometidos y función del arte, sean harto vivas. Nunca, en tiempos pasados, el libro gozó de tanto favor en Checoslovaquia como en la actualidad, y nunca, antaño, el escritor tuvo tanta responsabilidad como hoy ante los lectores.

Y así vemos que en el frente literario se efectúa un proceso creador semejante al que registran otras ramas de actividad y otros sectores de la vida en Checoslovaquia. La literatura, al igual que las demás artes, sirve al pueblo, inspira sus esfuerzos e ideales, sirve a las ideas del progreso, de la justicia social, del humanismo y de la paz, muestra a la sociedad humana el camino hacia adelante. Es un testimonio artístico de cómo viven nuestros conciudadanos en la patria liberada, de lo que aman, de lo que ansían, de lo que es blanco de sus embates, de cual es su actitud hacia la vida y el mundo.

Hemos escogido para Vd., querido lector, algunas novelas cortas de autores contemporáneos para que sus personajes, el destino de éstos y sus pensamientos y actos, le acerquen a Vd. la vida de nuestro país con más intimidad que la que procuran las informaciones de prensa y las estadísticas, las cuales, aunque preñadas de noticias y datos, no logran conmover y despertar ecos tan sutiles en el corazón humano, que late con igual pulso, con similares inquietudes, querencias y anhelos en todas las latitudes de todos los continentes.

Y dichas estas breves palabras, pasemos a presentar a Vds. a los autores de la prosa que les ofrecemos.

JAN DRDA, *nacido en 1915, es autor de nuestro primer cuento. Figura entre los artífices de la pluma más destacados de la vida literaria de Checoslovaquia. Su labor de escritor corre pareja con su actividad periodística. Ha dado a luz cuentos, novelas, dramas, comedias, ensayos literarios, reportajes, guiones cinematográficos. Cobró fama con la publicación de su primera obra, la novela «La ciudad en la palma de la mano», que es un risueño relato del destino de los sencillos moradores de la imaginaria ciudad de Manodedios. Ha sido traducida a varias lenguas extranjeras. En su colección de once cuentos titulada «La barricada muda», de la que hemos extraído el cuento que incluimos en el presente libro y que sirvió de tema para el rodaje de la película del mismo nombre, pinta un resumido e impresionante cuadro del heroísmo derrochado por los checos en los combates contra el ocupante nazi. En su siguiente colección, «La bella Tortiza»,*

refleja a su vez el heroísmo y la fe del hombre checo en su batallar por un porvenir mejor. Por esta obra le fué atribuido el honroso galardón de Laureado con el Premio de Estado. De su viaje por Latinoamérica, efectuado en 1954, procede «Tierra Caliente», libro de reportajes de actualidad. Jan Drda es diputado a la Asamblea Nacional y presidente de la Unión Checoslovaca de Escritores.

El segundo cuento que publicamos se debe a la pluma de Ludvík Aškenazy, *nacido en 1921. Como periodista, publicista y escritor es una de las más relevantes figuras de nuestra joven generación literaria. Durante la última guerra combatió en las filas de las formaciones militares checas junto al Ejército Soviético. Ha escrito interesantes reportajes de su estancia, como periodista, en Polonia, Alemania y los EE.UU. Su vocación literaria le llevó del ámbito periodístico al de la creación de cuentos, siendo actualmente uno de los más sobresalientes escritores checoslovacos en este género literario. Entre sus colecciones de cuentos pueden citarse, a título de información, «Cienfuegos», «Alta Política», «Estrellas que caen», etc. Gran eco alcanzaron sus «Estudios Infantiles», que son cuentecitos del encantador mundo de los niños y que deleitan al lector. El que publicamos aquí procede de la colección «Cienfuegos». Otro cuento de la misma colección, titulado «Dos Gabores», y que tuvo mucho éxito, lo utilizó el autor para crear el escenario de «Mi amigo Fabián», película que describe las perspectivas que se abren ante la nueva y libre vida de los obreros de origen gitano en nuestra patria.*

Jan Weiss *(nacido en 1892), autor del cuento «Fidelidad», pertence a aquella generación de escritores que sazonó ya pronunciadamente en la época que media entre las dos guerras mundiales. El infierno de la primera lo recorrió de forma activa en calidad de soldado. En su obra, en la que abundan las novelas y los cuentos («Espejo que no se retrasa», «La casa de 1.000 pisos», «El regimiento loco», «El durmiente en el zodíaco», «El portador de muebles», etc.), destaca la gran originalidad de los temas y de las expresiones estilísticas. El autor, manejando con maestría una paleta de coloridos muchas veces excéntricos y fantásticos, pinta el mundo y la sociedad, llegando, como término final, a esgrimir la crítica social combativa. Después de la segunda guerra mundial, y durante varios años, permaneció silencioso, editando más tarde el libro de cuentos «Relatos viejos y nuevos», en el que hallamos algunas de sus obras anteriores y, junto a ellas, cuentos de nuevo cuño a través de los cuales da testimonio, con trazos maduros, de los cambios de la gente en la nueva sociedad. Entre estos últimos hemos escogido el cuento que figura en las páginas de nuestro libro.*

El autor del cuento «Relato de una madre» es Jiří Marek, *nacido en 1914. Antes de dedicarse a las bellas letras, fué catedrático de segunda enseñanza. Como escritor hizo sus primeras armas a finales de la segunda guerra mundial. Después de publicar la novela «Los hombres marchan en la obscuridad», en la que relata los hechos de una unidad de paracaidistas soviéticos que, junto con un grupo clandestino*

del país, luchó en nuestro territorio, editó su novela «La aldea bajo tierra» que es una emocionante narración sobre campesinos que durante los postreros días de la guerra se habían refugiado en una mina para protegerse contra la barbarie de los fascistas enfurecidos. En el libro de cuentos titulado «Sobre nosotros está amaneciendo», valiéndose de temas relativos a la vida minera de Ostrava, hace una expresiva e impresionante contraposición, repleta de exquisito arte narrativo, caracterizado por su buen humor y optimismo, entre la vida de los mineros en la república burguesa y su vida de hoy. Basándose en este libro de cuentos ha sido rodada la película del mismo nombre, habiendo sido Jiří Marek galardonado con dos Premios de Estado. De su viaje por la Unión Soviética surgió el libro de reportajes y cuentos «Felices encuentros». Su estancia en Kunčice, cerca de Ostrava, en las grandes obras del combinado siderúrgico, le ofreció temas para el libro de cuentos «De tejas y sonrisas», los cuales relatan la metamorfosis interna y el pujar de los que con su trabajo van transformando la naturaleza.

Con estos esbozos biográficos cerramos el prefacio de nuestro libro y esperamos que en el futuro podremos dar a conocer a nuestros lectores de habla española la obra de otros escritores de nuestro país, especialmente de los eslovacos, y ello no sólo a través de un libro de cuentos escogidos, sino también con la publicación de trozos de sus novelas y de su producción poética.

La Redacción

LA BARRICADA MUDA

Jan Drda

Engrosado por las lluvias, verde, el Vltava corre bajo el puente. Como barcos panza arriba, carcomidos por la podredumbre, la quilla coronada de moho, las chozuelas de los pobres están amontonadas a lo largo del ribazo. Detrás de su alineación, una hilera de casas

urbanas de tres pisos domina el terraplén. Y como alguien arrancó ayer el rótulo indicador en alemán, un puente sin nombre se enarca aquí sobre el río, tan anónimo como aquéllos que, en sus puntas y en el centro, han levantado tres barricadas hechas de tranvías volcados, de cajones de taller llenos de tornillos, de esos enormes rollos de papel para rotativas donde las balas vienen a morir sin ruido, de bordillos graníticos de acera. La lluvia ha lavado el asfalto hasta el punto de darle brillo.

— ¡Asfalto, vaya estupidez — reniegan los muchachos —, si los alemanes nos escacharran esto, la culpa la tendrá solamente esta idiotez de asfalto!

— Los del Ayuntamiento no tienen ni un dedo de imaginación. ¿Crees acaso que se les haya ocurrido jamás pensar en lo útiles que hubieran podido ser hoy unos buenos adoquines de granito?

Los alemanes están en la otra margen del río, invisibles en el vellón rizado de los bosquetes situados sobre las alturas, agazapados entre el verde follaje de los chalets. Desde la tarde del sábado, sus ametralladoras tiran a la extremidad del puente más próxima. Los cristales rotos de un tranvía abandonado tintinean. Sobre el puente, los reverberos vuelan reducidos a astillas, como la simiente del diente de león.

—¡Sin barricadas estamos fritos!—Para los hombres, la cosa estaba clara desde el sábado, aun antes de que

la radio hubiera lanzado la contraseña. Tres estaban construídas al alba del domingo, mientras que, caladas de agua, las manos negras de tierra, transidas de sueño y de frío, luengas procesiones de mujeres retornaban a sus cocinas para encender el fuego del desayuno.

— ¿Quién se encargará de la primera barricada?

— ¡Preferentemente los que hayan hecho el servicio militar!

— ¡No tiene sentido! ¡Preferentemente los que no tienen mieditis!

Un pelinegro rizado treintañal se quedó allí. Un sargento. Y diez jóvenes, de veinte años apenas. Todos mentían al pretender que habían servido en el ejército. Dos automáticos quitados ayer a los alemanes; cinco fusiles, una caja de granadas con mango de madera.

— ¡Si la cosa se pone negra, retrocederemos hacia vosotros! ¡Cubridnos durante el repliegue! ¡Y no vayáis a zumbárnoslo a nosotros!

— ¡Vamos, tú, el listo!—replicó con guasa un tranviario que había arribado allí con su vehículo y que en aquel momento se hacía cargo de la barricada del centro. Pero, como sobreponiéndose a la idea de que su gesto fanfarrón hubiera podido vejar al sargento, agregó para remediarlo:

— De todos modos, no aguantaréis mucho tiempo

allí, están a cubierto para haceros la pascua. Hacedles un poquitín de cosquillas y luego tratad de replegaros sobre nosotros. Cuando estén allí, en el puente, les daremos para el pelo: ¡si se les ocurre hacernos una visita, tendrán que contestar a pecho descubierto sobre el asfaltado!

Acto seguido, los once fueron a guarecerse en la barricada avanzada, en cuya madera venían a enroscarse las balas alemanas disparadas desde las frondosidades del flanco del altozano.

Es domingo, son las seis de la mañana. Protegidos por la barricada central, los nuestros se han sentado a descansar: el tranviario con su gorra reclinada arrogantemente sobre la oreja, el policía señor Brůček, siete jóvenes obreros de la papelería vecina, marineros, carniceros del matadero. Y entre ellos un mocetón ancho de hombros, reidor pero parco en palabras, que se había traído consigo los dos automáticos. Lo examinaban con desconfianza. ¿No sería, a fin de cuentas, un alemán?

—¡Nederland, Nederland, Holland!—repetíales impacientemente, hasta que por fin le comprendieron. Las chaquetas empapadas de lluvia, mas los cañones de sus fusiles cuidadosamente cobijados bajo los impermeables, se habían repartido una barra de pan negruzco. Desafiando el chaparrón, uno de ellos había liado un cigarrillo de maloliente «tabaco» casero, que

circulaba de boca en boca, tragándose ávidamente una chupada cada uno. Tres mujeres habían permanecido entre los hombres, agachadas, con las manos juntas sobre su regazo como en actitud suplicante.

—¡Mejor haríais con volveros a casa y no estar estorbando aquí!—les increpó un joven moreno y flacucho.

—¡Vamos, déjalas tranquilas, son nuestras mujeres!—contestaron a un tiempo tres de los combatientes. El morenote sonrió, escupió hacia los trastos de la barricada, agregando con tono siniestro:

—¡En un lecho semejante para nada las necesitas!

Embutido en su chaquetón, Franta Kroupa observa en silencio la orilla del Vltava. Piensa en un río de otro nombre, en mujeres de tez bronceada, en mujeres cuyos cabellos tenían el color de una profunda medianoche. En compañeras que traían las municiones y el abastecimiento a las trincheras de la márgen del Manzanares. Nederland, dice el fornido rubio al lado de Franta. España, España, recuerda Franta rememorando a la gloriosa ciudad de Madrid. Recuerdo que lleva incrustado hace ocho años, sin cicatrizar. He aquí las condecoraciones de Franta: una pierna tullida, un neumotórax. Y seis años de irse a leva y a monte, de hurtarse, de escurrirse con los talones pisados por los matarifes pardos. ¡Y sin embargo no lograron pillarlo! Cuando vino por la mañana, él, el tocado de

los pulmones, el cojo lisiado, a tenderse como los demás detrás de la primera barricada, el señor Brůček, llevándose los dedos al borde del casco, le saludó:

— ¡Vaya, vaya! Nos encontramos de nuevo, viejo bolchevique, ¿eh?

Franta se puso a reír:

— No obstante, mucho me siguió la pista, señor Brůček, ¿verdad?

— ¡Así fué — exclamó el señor Brůček asintiendo —, pero entonces tú corrías como una liebre! ¡Ah, uno lleva vistas ya unas cuantas de esas manifestaciones!

Franta hundió la mano en el bolsillo para sacar su tiza de sastre. Sobre el techo del tranvía volcado que formaba el muro trasero de la barricada, dibujó una hoz y un martillo.

— Entonces se abofeteaba a la gente por esto, ¿cierto?

— Pues sí, también se administraban bofetadas — suspiró el señor Brůček —, ¡bah, se hacían tantas tonterías, pardiez!

Y los compañeros, uno a otro, se pasaron la colilla del pitillo: el polizonte, el bolchevique Franta y el compañero Nederland, Nederland.

A las nueve y media empezó el jaleo.

A la barricada central llegó, corriendo y curvándose, una muchacha con uniforme de tranviaria.

— Compañero, los de los inmuebles municipales os mandan decir que los alemanes se concentran en los jardines y bajan hacia el río.

Su mirada escrutó la otra orilla. Tac-tac-tac-tac, tac-tac, tac-tac, castañetearon los automáticos de la barricada avanzada iniciando rítmicamente su desgranamiento. Los camaradas sabían, pues, lo que debían hacer... Disparos de fusil aislados, cual agudos restallidos de látigo, batían los matorrales.

Y, de nuevo, intervalos de profundo silencio, como si los unos y los otros recobraran aliento. Mohino, el señor Brůček rezongó un tantico, asió su fusil y refunfuñó:

— ¡Habría que ir allí...! ¡Además, todo ello, allí, son quintos! — y acto seguido se metió por la estrecha hendidura del extremo de la barricada. Franta le agarró del brazo:

— ¡Espere aún, señor Brůček, nuestro turno llegará también!

Enfurruñándose, el señor Brůček hizo marcha atrás como alguien a quien se hubiera agraviado, hundió sus apretados puños en los bolsillos de su capote policíaco, y gimió:

— ¡Seis años esperando esto, y para remate no le dejan a uno ni tirar!

El tranviario que estaba observando con gemelos de teatro, dejó escapar un juramento. Cuando se

volvió hacia sus camaradas, se extrañaron de su lividez.

— ¡Los bestias — dijo con voz entrecortada —, mandan dos tanques sobre nosotros!

El sargento de pelo rizado los había divisado el primero.

Ocultos por las casitas del ribazo, los dos monstruos de acero avanzaban hacia el puente. El sordo roncar de sus motores crecía con cada pisotón dado en el acelerador. Como índices extendidos, los cañones apuntaban directamente hacia acá, hacia el montón de planchas, hacia los diez adolescentes.

— Ahora, muchachos, empieza la fiesta de verdad — les dijo con ironía. Para él estaba claro que ello era el fin.

— Es posible, chicos, que tengamos que volver grupa. A menos, de todos modos, que ni valga ya la pena...

Las manos juveniles se posaban sobre el mango de las granadas. Por si acaso.

— ¡Esperad, no os sirváis tan aprisa! — protestó uno de ellos. Sacó un cordel del bolsillo y ató diez juntas.

— No pueden verme todavía, ¿eh? ¿Aun estoy a cubierto?

A rastras cruzó la barricada, con el bulto apretado

bajo el pecho. Todos comprendieron adonde iba Jarda. No, los alemanes no lo habían visto aún. Se arrastró por el barro de la calzada y se deslizó, con movimiento de culebra, en la hierba de la reguera. Ni les había dicho adiós. Palidecieron y un escalofrío recorrió su interior. Por primera vez en su vida, la muerte les rozaba tocándolos de verdad. ¿Y ese otro, allí delante, Jarda, el mal alumno de séptimo curso que se hizo tornero, tiene acaso, él también, nuestro miedo?

Todo aconteció en unos minutos. Vieron como se erguía, como lanzaba con todas sus fuerzas el fardo bajo la delantera levantada del tanque. La descarga les sacudió. Una llamarada brotó, lamiendo todo el peto de la bestia, encabritándose. De golpe la aprisionó con sus garras ardientes.

— ¡Hurrá! — clamaron ahogándose de felicidad.

Pero vieron también el cuerpo de Jarda, que, enganchándose al descender en las matas de manzanilla, rodaba lentamente hacia el río. Precisamente a lo largo de ese declive donde, siendo niños, se echaban a rodar como toneles.

El segundo carro batió en retirada.

El sargento rodeó de una mirada a sus nueve. Pálidos, agitados, pero indemnes.

— ¿Quiere alguno replegarse, muchachos?

Permanecieron callados. Como adheridos a aquel

lugar. Buscando solamente con sus ojos, allá abajo, al pie de la pendiente, a la orilla del río, donde las ondas lamen las piedras, el cuerpo de Jarda. Yacía con el rostro cerca del agua, como si quisiera apagar su sed.

De la barricada intermedia, un enlace se aproximó a ellos. Era la tranviaria jovencita, de cabeza destocada, con pesadas trenzas negras sobre la nuca. Sacó un termo de su bolsillo y lo tendió al sargento:

— Aquí hay té para que entréis en calor, muchachos. ¿Necesitáis algo más?

El sargento la atrajo hacia sí, la miró de frente a sus hermosos ojos avispados:

— ¡Y yo quisiera un besito de buena suerte!

Por primera vez en esa bendita mañana rieron. Ingenuamente, sinceramente, con carcajadas muchachiles. Y uno trás otro la estrecharon con timidez entre sus brazos, recibiendo sus breves besos, tan equitativamente distribuídos como el sacramento en el altar.

Al décimo beso, los alemanes abrieron fuego de artillería.

Golpean. Golpean. Golpean.

Los altos pilares de betón, cuyas lámparas volaron hechas añicos el día anterior, se quiebran por su mitad. El asfalto cruje bajo los impactos de los obuses. De las casitas de los pobres, al otro lado del río, saltan

pedazos de tejado. El aullido chillón de los ogros desgarra los oídos. Franta Kroupa y el compañero Nederland, el inspector Brůček y los otros diez compañeros están acurrucados al pie de su barricada. El momento no es propicio para estar platicando.

Palpan los gatillos de los fusiles. Y saben que están sin defensa contra ese infierno que cae del cielo. El tranviario de los gemelos de teatro, cuyos cristales empaña el vaho de la lluvia y del aliento del hombre, no desclava sus ojos de la primera barricada.

— ¡Concentran el fuego sobre ellos!

Lloriquearía de compasión. Allí delante, a cien metros de él, vuelan por el aire fragmentos de madera. El betón del puente se resquebraja bajo los mazazos de los obuses. Y luego se levanta una humareda, la fina humareda del holocausto, blanca, grisácea.

La barricada de madera está en llamas.

— ¡Atrás! ¡Compañeros, atrás! — grita el tranviario en el silencio que media entre las explosiones. La pequeña está también allí. Vlastička. ¡Cuantas veces, durante las horas de servicio, había lamentado verla condenada al negro bregar del tranvía!... Y reveía sus cabellos de azabache, que tanto encendían la tentación de acariciarlos.

— ¡Atrás!

Pero nadie lo oye. Nadie responde.

Dos horas ardió su hoguera, sepultada bajo el ful-

minar sin respiro de las granadas. Después, todo se derrumbó reduciéndose a ceniza.

El camino del puente estaba abierto.

A su espalda, el incendio brilla a través de la noche.

Arde un depósito. Arden casas de vecindad. Arde cerca y lejos en la ciudad. Las tinieblas están repletas de oriflamas escarlatas.

Franta y Nederland, el señor Brůček y el tranviario, los del matadero a la vera de los metalúrgicos, están de pie, de rodillas o tendidos, en posición de tiro. El orden de batalla ha cambiado. Ahora somos nosotros el primer escalón.

Mas la obscuridad ante ellos, la obscuridad en la punta de su línea de mira no ofrece ningún blanco a sus armas. ¿La bestia feroz se habrá escondido en su madriguera? ¿Estará lisiada o quizás habrá reventado? ¿Tendrá miedo de la obscuridad bajo cuyo manto ha bebido ya tanta sangre? Sagaz el que pueda discernirlo...

El río Vltava chapotea las pilastras del puente. ¡Cuánto difiere del glorioso Manzanares! Y, no obstante, todo es igual. Madrid y Praga. Antaño, en mayo del treinta y ocho, cuando Franta retornó a su tierra con una pierna inválida, que un proyectil había perforado de lado a lado, ello era ya claro. Lo era desde entonces. Un buen día tendríamos que venir

a las manos con ellos. Con Franco y sus mercenarios moros, con Hitler y sus SS, monstruos salidos del mismo nido de víboras.

Dolores, Consuelo, Manuela, dulces nombres de mujeres deshonradas por mesnaderos africanos, mofletudos cuerpecitos de niño despedazados por la metralla, encantador silencio de casitas blancas violado por el tronar de las bombas. Y ametralladoras, ametralladoras asesinas en lugar de campanas y castañuelas.

Parece que el camarada Nederland dormita. Dormita de pie, con las manos sobre el automático. ¿O es que acaso estará pensando también en su patria?

Franta Kroupa piensa con él y por él, como hojeando un libro de imágenes para niños. Molinos de viento, vacas lecheras de pesadas ubres, embarcaciones sobre canales apacibles, tulipanes. Para Franta, esto es Holanda. Y de pronto la inmensidad de las aguas, de aguas turbias y pardas, hurtadoras de feraces mantillos, aguas envenenadas de sal, empujando su oleaje arrollador en pleno paisaje. De ello, los nazis se jactaron en sus noticieros cinematográficos de actualidades. Así habían destruído el país de su compañero.

¿Es que acaso dieron jamás cuartel a alguien? ¿A quién, empero, dejaron en paz?

Después de la medianoche, un teniente acudió corriendo a la barricada. En lugar de gorra de plato llevaba un vendaje blanco, maculado por la sangre que

se filtraba de su frente destrozada. En la mano, una pesada pistola. Estaba cansado y jadeaba.

— Camaradas... — articuló con dificultad, como si cada palabra pronunciada franqueara con creces la barrera de sus dientes —, camaradas... esta barricada... hay que abandonarla...

— ¡Ni pensarlo! — vociferaron con furia. ¿No sería un enemigo camuflado? ¿Un gallina? ¿Un capitulador? Le soltaron una andanada de injurias salvajes, de vocablos que con diapasón creciente rezumaban su desesperación y su rabia.

Él, con la mano, hizo un gesto de cansancio. Los alemanes estaban atravesando el río en barcas. Desde este momento, el campo de batalla se situaba en el muelle, allá abajo, en la negrura entre almacenes, vagones vacíos y barcas boca abajo. Más acá de esta barricada nos queda aún la otra. La de la entrada del puente, flanqueada de defensas laterales. Allí nos mantendremos. Pero allende la orilla, más allá, el terreno es libre, libre hasta perderse de vista. Si perdemos la margen del río, si les dejamos desembarcar, entonces todo está perdido. Hablaba como alguien que está perdiendo su sangre.

Debajo, de a flor de agua, partían descargas. Quizás están solamente en medio. Pero tal vez, quien sabe, quizá están acostando. Y entonces...

— ¡En nombre de la Revolución, lo ordeno!

Lánguidamente, uno tras otro, los combatientes se levantan. ¡Esta barricada, la suya!... ¡Y sin disparar un maldito tiro!... De vergüenza, la cabeza les da vueltas. Y a pesar de todo, éste, el teniente, tiene razón. Militarmente tiene razón. En la orilla se necesitan fusiles. La orilla necesita tiradores. Si la orilla cayera, los alemanes tomarían la barricada por el envés. Todos están en pie. Tres solamente se encalabrinan en quedarse en sus puestos.

El camarada Nederland. Quizás, con el pensamiento, está en su tierra, allá lejos, sobre un canal, a la sombra de molinos de viento dentelleados por la metralla, al borde de un arriate de tulipanes. A dos pasos de su tierra devorada por el mar.

Y luego Franta Kroupa. Porque él defiende dos ríos: el Vltava y el Manzanares. El conoce la famosa y férrea divisa clamada a la faz de los moros cuando atacaban.

El tercero es el señor Brůček. Porque él, soldado veterano, ¡pardiez!, desea también, al fin y de una vez, poder darle al gatillo.

Gritan al Nederland, indicándole con la mano que venga hacia atrás. Vuelve la cabeza a medias, moviéndola negativamente. Se sonríe como un escolar que cometiera algo prohibido. Gritan a Franta.

— Hermano teniente, yo me quedo aquí. Lo considero necesario...

— Pues perecerás inútilmente.

— ¡Qué más da!

El teniente aleja a todos sus hombres. Se van a regañadientes. Pero allá, en las casitas de la orilla, en los sótanos-refugio, duermen sus mujeres bajo edredones rayados.

Allí tienen la guarïdita sus pequeñuelos. Allí, a dos saltos de la orilla solamente... El teniente se acerca a Franta y le tiende la mano:

— Sé que aquí es necesario alguien. Pero...

— No hay peros que valgan. Procurad manteneros en la orilla... ¡Salud!

Salud a la bandera, se dijo el teniente al irse. Porque era un soldado.

El señor Brůček fingía estar durmiendo. No era de su agrado el conversar con aquel bisoño. Cuando ya estuvieron solos los tres, se sonó a conciencia, se estiró en cruz y, aliviado con todas estas satisfacciones corporales, hizo, con aire de conjurado, un guiño a Franta:

— ¡Si se hiciera caso de ése, uno no podría ni tirar a placer!

En el campanario dan las tres de la madrugada.

Los camaradas que partieron a guarnecer la margen del río han entrado ya en fuego. Desde el río, y contra la superficie de la corriente del río, rosarios de dispa-

ros de ametralladora. En la barricada reina el silencio.

Barricada muda. Barricada muerta.

Con tres pulsos y tres alientos. Y tres pares de ojos... Ni las manos se mueven. Yacen tal como se tendieron, alargados, y el acero de los automáticos hace rato que lo calientan las palmas de sus manos. Apuntan a las tinieblas del puente. ¿Vendrán? ¿Vendrán?

En este entumecimiento, la noche se desvanece y poco a poco va naciendo el día; jirones de la bruma del río se deslizan con la corriente, las canoas de los alemanes aparecen en los intervalos, largos de un segundo, como siluros monstruosos. Blancos de tiro imprecisos y fugaces.

Entonces se alza la mano de Franta. Ligera y lentamente, cual si atrapara una mariposa. ¡No, no! indica, en señal de desaprobación, al camarada Nederland que encañonaba ya su automático contra el río. Ese cometido no es de nuestra incumbencia. Y el índice de Franta picotea, recto, el aire, señalando enfrente de ellos. ¡De allí es de donde vendrán los pajarracos!

Nederland suspende el movimiento de su arma, sonríe y aprueba con el mentón. El señor Brůček, penosamente, bosteza. El embotamiento del alba se abate sobre él.

Sólo cuando el día haya desgarrado totalmente el tenebroso velo de la noche, en esta mañana llorando

lluvia, termina la espera. El silencio engañó a los alemanes. Parecidos a ogros acuáticos fantasmales bajo sus vestiduras verde-parduzcas veteadas, cazadores-parachutistas surgen en las inmediaciones de la barricada incendiada en la extremidad del puente. Uno a uno se arrastran sobre el asfaltado, el automático presto a ladrar. Se protegen el flanco con el encintado de la acera. Cinco. Diez. Y luego, como si salieran de un saco sin fondo, hay sobre el puente, de golpe, unos cuarenta, cincuenta. Se aproximan a la barricada muerta. Uno de ellos cruza la vía a paso de carrera, como a guisa de ensayo. El silencio les estimula a ir algo más lejos. A través de la balaustrada del puente escrutan la orilla adversa.

El pie de Franta se escurre quedamente hacia el señor Brůček. Toca ligeramente el muslo del policía. Apenas Brůček ha levantado la cabeza, que un dedo se remonta avisador hasta la boca. Nederland ríe entre dientes. El señor Brůček ha comprendido. Por una hendidura mira fijamente a los alemanes, sus manos tiemblan, nerviosas. Pero la mano de Franta reitera su gesto: ¡no, no; no! Nuestro momento no ha llegado aún.

Franta Kroupa se echaría a cantar de alegría. Huronea en su bolsillo en pos de su tiza de sastre. Piensa en otra trinchera, lejana, trinchera abandonada hace mucho tiempo, en la solidaridad de los camaradas que

para siempre cayeron, en un país de la otra extremidad de Europa. Todavía una vez, de nuevo una vez más, antes de... Y los muertos de entonces se reaniman en torno suyo, sin frentes agujereadas, sin miembros arrancados, claros y desbordantes de vida como en aquella época.

La mano de Franta se ha alargado hacia el ennegrecido techo del tranvía volcado sobre uno de sus costados. Cerquita del martillo y la hoz. Con trazo firme y calmoso, una letra tras otra, pinta:

¡NO P

El compañero Nederland abre su boca de par en par, con la sonrisa más gozosa de cuantas ha prodigado desde hace dos días. Pero antes de que Franta empiece la cuarta letra, la mano del extranjero quiere también escribir; tienta los dedos de Franta y, con un movimiento giratorio, desprende de ellos el pedazo de tiza. También era necesario que Holanda dijese su palabra:

ASARÁN!

completó con anchurosos y bien plantados signos.

¡NO PASARÁN!

Bajo el casco de inspector, los plisados ojillos del señor Brůček, comprensivos, chisporrotean. Franta

lee en ellos: ¡sí, sí, eso se escribió también muy a menudo! ¡Eso se escribía mucho sobre las paredes y las vallas, y no fueron pocos los mamporros que por ello se distribuyeron!

Los ogros acuáticos están a treinta pasos. La barricada muda ya no les causa pavor, ahora es claro para ellos que los checos la han abandonado. Se trasmiten uno a otro el contagio de una despreocupación arrogante. Los rasgos del que espera el ¡quién vive! han desaparecido de sus fisonomías. Caminan francamente hacia la barricada, el «*Gott mit uns*»* en el cinturón, las granadas con el mango envainado en sus botas de caña.

Paso a paso.

Los ojos del señor Brůček están sedientos de impaciencia. Los ojos de Nederland se han endurecido como la hoja de un puñal de asalto. Y los ojos de Franta, con un sólo guiñar de párpados, dan la orden.

¡Por Praga! ¡Por Holanda! ¡Por España! ¡Compañero, fuego!

Tac-tac-tac-tac-tac-tac-tac-tac, ta-ca-tac-tac, tac-tac-tac-tac.....

Sin distingos, la muerte lo segó todo.

* Inscripción que los soldados nazis llevaban en la hebilla de su correaje y que significa «Dios con nosotros».

EL RESPLANDOR

Ludvík Aškenazy

Un buen día se constató sencillamente que el fundidor Stanislav Brabec tenía el pelo gris, y el cardiógrafo del dispensario de empresa dibujó el latir de su corazón con una curva irregular y zigzagueante. Un buen día cayó de rodillas junto al hogar del alto horno

y sus camaradas tuvieron que ayudarle a ponerse de pie. Estaba pálido y sudaba como una fuente.

Era ya un hombre viejo. Más viejo de lo que podéis imaginaros.

Hacía treinta años que el fundidor Stanislav Brabec trabajaba en turnos de noche. Hacía la colada de noche y de día dormía. Los años pasan y las fuerzas del hombre menguan. De repente a uno empieza el corazón a palpitarle como una campanilla tocando a ánimas, las rodillas se le doblan y delante de los ojos ve una zarabanda de manchas verdes y rutilantes. Stanislav Brabec había permanecido largos años al pie del alto horno, y el alto horno le había succionado el tuétano de sus huesos.

¿No le enviaremos a descansar?

Le mandaron a Poděbrady. Allí tomaba baños de agua burbujeante y recorrió el castillo del rey Jorge. En el parque fluían los haces de los surtidores y picaban los mosquitos. Con la punta del bastón, el fundidor Stanislav Brabec trazaba peces y flores raras en la arena. Iba en barco por el Elba hasta Kolín, observando tristemente por encima de la barandilla cómo las ondas se iban desvaneciendo. El río corría y el fundidor Stanislav Brabec pensaba en otros ríos... ríos de hierro ardientes que manaban de las entrañas del alto horno. Entonces, todo se abrasaba de luz pálida y el torrente, chispeante, corría y corría. Y el hombre

dirigía la corriente de ese río y determinaba su estuario. El fundidor Stanislav Brabec, dueño de los elementos...

Regresó a Ostrava de improviso, más flaco que antes. De la estación se fué a pie; su rostro feliz sorbía el aire denso de humo de su ciudad natal. ¡Al diablo Poděbrady, con sus parquezuelos y sus jubilados, eh!... Pero Ostrava... ¡ésta sí que es una gran ciudad, y bulliciosa, y alegre!...

En casa, gran sorpresa. La madre juntó sus manos:

— ¿Y de dónde sales tú?

Y, afligida, agregó:

— Para mediodía hay sólo croquetas de patatas.

Al día siguiente, el médico de la empresa le auscultó y, con desaprobación, meneó la cabeza. En verdad, las curvas del cardiograma ascendían y descendían onduladas rítmicamente, pero las cosas, a pesar de ello, estaban lejos de estar tal como era necesario, y el fundidor Stanislav Brabec fué severamente reñido por su fuga de Poděbrady.

Es necesario decir ahora que esa huída era imputable no sólo al aburrimiento causado por el impecablemente recortado césped de Poděbrady. Había otra razón de no menor peso. Un buen día de su idilio poděbradiano le llegó a Brabec una carta de su hijo Tomás que decía lo siguiente:

Querido padre:

Nos acordamos mucho de ti. Te echamos de menos. Esperamos que estarás cuidándote como es necesario. Te añoramos. En cuanto a mí, he decidido — ¡ irrevocablemente, padre ! — que seré fundidor como tú. No trates de disuadirme de ello, padre, ya que sé lo que me hago. El match del domingo fué flojo; mejor es que no lo hayas visto, ¡ te hubiera crispado los nervios !... Antoš metió un gol en su propia portería, ¡ vaya tomate ! Te echamos mucho de menos. No bebas cerveza.

Tu Tomás que te abraza.

Esta misiva contribuyó esencialmente a que Stanislav Brabec tomara la decisión de marcharse sin pérdida de tiempo del balneario de Poděbrady.

Quería intervenir en los proyectos de su hijo Tomás.

Antaño existía, concerniendo a los pobres, cierta regla no escrita. Si el padre se sentaba en el taburete de zapatero, allí debía sentarse a su vez el hijo. Cada uno tenía su puesto: al igual que se heredaban los tronos, se heredaban también la lezna del zapatero, la aguja del sastre, el martillo del minero. Cuando llegaba ese día, el minero agarraba a su hijo de la mano y lo conducía a las profundidades de la tierra. Carecía de importancia que ello agradara o no al muchacho. A lo mejor, el hijo tenía un espíritu soñador y fervoroso de la música y se pasaba atardeceres enteros escuchándola

al pie de las ventanas de la posada. En sus sueños veía violines y flautas, en la iglesia se pasmaba de emoción bajo el huracán del órgano, miraba largamente los relucientes acordeones en los escaparates: era — en una palabra — músico de pies a cabeza. Pero su padre no lo llevaba a canosos profesores del Conservatorio, lo conducía al montacargas de la mina. El pan obrero era duro de ganar, entonces... ¿qué se gana con la música?

De esta manera, a la humanidad indiferente se le perdían Beethovenes, mientras que insulsas tórtolas, niñas de casa bien, mascullaban en el piano, con aire lánguido y desfalleciente, sus gamas. El talento era una cuestión de dinero. El que lo tenía, era talentudo.

Hoy en día las cosas suceden de modo distinto, y no es necesario extenderse más explícitamente en sus detalles. El tocar el piano ha dejado de formar parte de la dote, y los diplomas universitarios ya no son más el reflejo del portamonedas de papá. Nada impide que el hijo del zapatero se convierta en encargado de curso de estudios orientales si tiene dotes, o que la hija del minero sea cantatriz de «gorgoritos».

O para que el hijo del fundidor sea médico.

Y he aquí que hemos llegado a ciertas aspiraciones que el viejo Stanislav Brabec mantenía inconfesadas. Cada uno de nosotros guarda soñados secretitos en algunos rinconzuelos de su conciencia. Y Stanislav

Brabec había tenido — y seguía alimentándolo — el sueño harto sencillo de ver a su hijo Tomás con la bata blanca y las zapatillas de médico, dando vueltas silenciosamente en torno a las camas de un hospital. Cuando vendría a casa, no sería un Tomás cualquiera, sino el doctor Brabec. Su madre le cogería el maletín de la mano y él se dirigiría al lavabo para lavarse las manos. Tales eran los cándidos sueños que el fundidor Stanislav Brabec abrigaba acerca del porvenir de su hijo Tomás.

Anhelaba que su hijo fuese médico.

Siempre permaneció fiel a la enseña de los fundidores y siempre fielmente la siguió. Siempre con el hierro fundía un pedazo de su propio corazón, que tan insegura y precipitadamente latía en su pecho. Amaba su trabajo de fundidor y se enorgullecía de él.

Pero anhelaba que su hijo fuese médico.

Regresó de Poděbrady para salvar la situación. Pero no logró salvar nada. El chico era ya mayorcito, tenía quince años. Qué respuesta darle, por ejemplo, a esto:

— Lo ves, padre, en ti hay algo de burgués.

Los hijos han aprendido a hablar así. ¿Qué replicarles?

Stanislav Brabec se quedaba, pues, callado, limitándose a recorrer, con grandes pasos y de aquí allá y de allá aquí, la habitación. Recordaba las innumera-

bles veces que su hijo había cambiado de planes para el futuro. Cuando tenía tres años quería ser revisor de ferrocarriles. Contando cinco años afirmaba que sería marinero, botaba barquitos de papel en los charcos de Ostrava y se colocó en la gorra la inscripción «LOBO DE MAR». Cuando tuvo diez años decidió ser inventor. A los trece quería ser médico.

Hacía tres días, con motivo de haber cumplido sus quince años, le habían regalado una bicicleta y los poemas de Wolker, y Stanislav Brabec había contemplado con admiración a su retoño.

¡Mundo, mundo, cuán maravilloso eres!...

A decir verdad, ¿hacía mucho tiempo que lanzó su primer grito? Tenía entonces una naricita violácea y ni un pelito en el cráneo. Después, su carraca le hacía reír, más tarde tuvo un miedo horrible a las cabras y a los gansos, y empezó a crecer, a crecer... Y de repente he aquí que... Mirad cómo es, es...

Pero en la actualidad ya no se estila que los padres tuerzan, entrometiéndose, el camino de sus hijos. Todos los caminos están abiertos de par en par, véte pues a donde te plazca, escoje lo que desees.

Y así fué como el joven Tomás se encaminó a la escuela de aprendizaje de los futuros metalúrgicos.

Y su padre se jubiló.

Cultivaba un huertecito y leía los periódicos.

En el intervalo estuvo una segunda vez en el bal-

neario de Poděbrady, pero de nuevo se escapó. Era un viejo que no podía estarse quieto: la negruzca Ostrava y su bullicio le atraían como la colmena a la abeja.

Y además en Poděbrady no podía entregarse a una extraña mala costumbre que ahora es necesario que relatemos al lector.

A las dos de la madrugada, Stanislav Brabec se despertaba súbitamente. Este preciso instante había tenido su importancia en la vida del susodicho Stanislav Brabec. Era el momento en que abría, en el bajo vientre del alto horno, la piquera por donde surgía, como torrente montañoso, un brutal chorro de llamas y chispas. A eso de las dos, en el alto horno de Stanislav Brabec se hacía regularmente la colada.

Ello pertenecía al pasado y sería superfluo mencionarlo si Stanislav Brabec no hubiera estado poseído de su singular pasión.

A las dos en punto de la madrugada, alguien frotaba una cerilla en la alcoba del matrimonio Brabec. Era Stanislav Brabec que se calzaba sus zapàtillas. Después, quedamente y con precaución, se dirigía a la ventana... ¡no vuelques de nuevo esa silla, viejo estrambótico!

Seguidamente abría los postigos y aspiraba profundamente el aire nocturno. Encendía una segunda cerilla para iluminar la esfera del reloj. Las agujas

marcaban las dos en punto. Sí, podéis creérmelo, eran exactamente las dos de la madrugada.

La madre daba vueltas en la cama y fingía dormir. Se trataba de una especie de convención establecida mudamente entre ellos. María Brabec tenía el derecho de despertarse sólo a la hora que le estaba designada.

En la ventana, de pie, Stanislav Brabec esperaba. En primavera se oía el claqueo del río Ostravice y flotaban en el aire efluvios perfumados. En verano, partículas de carbonilla y de hierro revoloteaban ante la ventana, mezcladas al polen de las flores y los árboles. En otoño se derrumbaban mundos astrales y rodaban a abismos desconocidos. En invierno reinaba la quietud y la albura. Algunas veces nevaba... ¡si al menos te pusieras algo de caliente encima, viejo insensato!

Pero ¡quiá! Se estaba allí y aguardaba. Normalmente sólo un ratito, un instante, algunos insignificantes pasitos del interregno en marcha. El reloj hacía tic-tac... ¡Vamos, Tiempo, adelante! ¡Vamos, avanza, avanza! ¡Prosigue, sigue avanzando!...

Y de golpe en el horizonte se encendía un resplandor intenso y claro. A veces tenía un brillo azul pálido, otras refulgía nacarado y anaranjado como la aurora o una puesta de sol.

En ese mismo momento, el río de hierro fluía del alto horno. Hierro nuevo en movimiento.

Stanislav Brabec esperaba hasta que el resplandor empalidecía y se perdía. Entonces se encaminaba hacia la cama y, con calma, se acostaba de nuevo.

Y había llegado el preciso instante en que María, su mujer, abría los ojos y preguntaba:

— ¿Has visto el resplandor?

— Lo he visto —, contestaba Stanislav Brabec.

— ¿Fumando todavía? — decía ella después de un prolongado silencio. Pero, como única respuesta, la brasa de la pipa de Brabec brillaba con más rapidez y parpadeaba en la obscuridad con su ojo encarnado.

— Duérmete ya, mujer —, suspiraba seguidamente Stanislav Brabec, con tono soñoliento.

— Es lo que estoy haciendo, padre —, murmuraba dócilmente ella, pero no lograba conciliar de nuevo el sueño. Mujer vieja, estas horas nocturnas eran para ella el momento de las reflexiones. Pensaba en un sinfín de cosas, de cosas importantes: un botón de la camisa de Stanislav, el más escabroso, el del cuello, pendía de su último hilito... y además será necesario finalmente meterse con los cristales de las ventanas, ¡ya casi no hay medio de ver a través de ellas!

Stanislav Brabec respiraba beatíficamente y ella miraba las tinieblas con una sonrisa benévola y sensata.

¿Que te levantas a las dos?... ¡Pues, levántate, me tiene sin cuidado! Peor sería que volvieras a casa a esa hora... ¿El resplandor? Oh, de esa mozuela no tengo

celos. ¡Puedes mirarla, remirarla, y hartarte de mirarla! ¡Viejo locuelo, sí!...

Esposa ejemplar, María Brabec acabó resignándose a la tranquila pasión de su marido.

Al principio hubo violentos altercados a causa de ello. ¿Habíase visto jamás que alguien se levantara así, a altas horas de la noche, en una familia ordenada? ¡Acuéstate, viejo pelmazo!... ¡En fin, vamos Stanislav, cierra esa ventana, esto es una verdadera nevera!...

Sin embargo acabó por acostumbrarse. Se despertaba al mismo tiempo que su jubilado, seguía a través de sus párpados entreabiertos su paseo hacia la ventana y, de antemano, se alegraba de su regreso.

Hoy Stanislav Brabec, ex fundidor, tiene ya el sueño pesado y apacible... Su respiración se ha hecho profunda y armoniosa, y durante toda la noche da, a lo máximo, dos o tres vueltas del lado derecho al izquierdo y viceversa. Su manía de noctámbulo le ha pasado... ¿Qué sentido tenía aquello de levantarse así todas las noches para ir a papar moscas en la ventana como una doncella enamorada? Stanislav Brabec ha hecho bien con renunciar a ello, merece que se lo aprobemos. Tales caprichos románticos...

En resumen, he aquí cómo sucedió:

Fué un gran día aquél en que el joven Brabec regresó de la escuela de aprendices metalúrgicos. En

esa época, los sueños de la bata blanca de médico ya estaban definitivamente olvidados. Stanislav Brabec abrazó a su hijo metalúrgico no sólo como padre, sino también como compañero. Las consideraciones técnicas de Tomás le hacían reír con cierto embarazo y con una brizna de enojo, sobre todo cuando le dijo:

– Y además, padre, hemos aprendido ciertas cuestiones tocantes al estudio radiográfico de los fundenes no metálicos incorporados al acero. Pero tú, claro está, no puedes estar al corriente, pues esto no tiene nada que ver con el hierro y los altos hornos. En cuanto al hierro, es más sencillo...

O aún:

– Si el enfriamiento es insuficiente, entonces no esperes el menor resultado.

Y ya está, tenéis que...

El estudio radiográfico de los fundentes no metálicos... ¡Pero tú, claro está, no puedes estar al corriente, viejo zoquete! Véte corriendo a inclinarte reverentemente ante tu vástago y pregúntale: – ¿Es vuestra merced Tomás Brabec, el contramaestre fundidor del alto horno...? – ¡Mal rayo te parta, mozalbete engreído! Cuando era aprendiz, él, Stanislav Brabec, pudo sólo ocuparse, a lo sumo, de que la cerveza de su capataz estuviera en el punto de frescor requerido... Mientras que ahora ¡ved al fundidor!: Si el enfriamiento es insuficiente, entonces no esperes el menor

resultado... Espera a estar a solas con tu alto horno... y entonces te oiremos, ¡radiógrafo!

Mientras todo quedaba en pláticas, podía pasar. Pero he aquí que una buena mañana, ese flacucho de Tomás se presentó, con sus hombros de adolescente y su bozo rubio debajo de la nariz, y dijo:

– Hoy se hace la primera colada.

– ¿Quién, se? – preguntó sobresaltado Stanislav Brabec.

– Nosotros – prosiguió Tomás –, el alto horno de los jóvenes... Debieras conocerlo, ya que era el tuyo...

– ¿El mío? – interrogó quedamente Stanislav Brabec, y no volvió ya a hablar más del asunto. Durante el almuerzo, sin embargo, miró sombríamente a su hijo:

– ¿Y quién va a hacerla, esa colada?

– Yo – replicó Tomás Brabec –, esta noche...

Su concisión estaba fuera de lugar en ese momento. Que se quiera o no, es un momento solemne y que se acomoda mal con una actitud circunspecta. Y aunque tal discreción esté hecha de alegría y provenga de un sentimiento de modestia, algunos podrían ver en ella todo lo contrario: un orgullo pedante.

¿Quién? ¿Y Stanislav Brabec, qué? ¿Acaso basta con responder a secas así: «¡Yo!»? ¿Es acaso suficiente para semejante momento? Aguarda sólo a mañana, cabeza sabia... Luego hablaremos de nuevo.

Madre, no te olvides de ponerle en la bolsa ese chaleco mío de lana. Las madrugadas son frías y el muchacho, junto al alto horno, se encenderá como un hachón de paja. El viento lo traspasará y... ¡si pillara frío! ¡Si al menos se le ocurriera verificar si el alto horno está a la temperatura necesaria! ¡Casi seguro que no lo hará! Stanislav Brabec no se lo dirá. Que él solo aprenda a conocer a su elegida inconstante: el alto horno. Y otra cosa: necesita ya un nuevo terno, no hay duda, ha crecido como un pimpollo.

Cuando su hijo salió, Stanislav Brabec le gritó desde la ventana:

— Antes de empezar, mira si tu alto horno está bastante caliente...

— ¡Sí, padre! — contestó Tomás desapareciendo en la obscuridad.

La madre y él se quedaron hablando del hijo y acabaron conviniendo que los médicos abundan como la mala hierba, mientras que a los buenos fundidores no se les encuentra ni buscados con un candil.

¡Y esa cuestión de radiografía, no es tan sencillo! ¿Acaso sabes tú, madre, lo que es el estudio radiográfico de los fundentes no metálicos...? Confiesa que no lo sabes. ¿Cómo podrías tú saberlo?

Se fueron a acostar. A las dos en punto se despertaron. Stanislav Brabec encendió una cerilla para ponerse las zapatillas y se encaminó a la ventana. Abrió

los postigos y dirigió su mirada al cielo obscuro.

Emergiendo de las nubes, la luna envió un rayo al reloj de péndola que batía su tic-tac... ¡Vamos, Tiempo, adelante! ¡Vamos, avanza, avanza!...

Uno tras otro, los segundos corren, el minutero hace un movimiento casi imperceptible y ¡toc! un minuto ha pasado... Uno, cinco, diez minutos... Stanislav Brabec escruta el negro firmamento, los músculos del cuello en tensión, y espera. Y la bóveda celeste se comba como una sima azul-oscura; ligeras nubecillas acarician de vez en cuando la faz de la luna y empalidecen entonces como el vapor. Resplandecen las luces en la lejanía y los trenes silban. Los engranajes giran en el vientre del reloj... ¡Avanza, Tiempo!

Una hora se había deslizado, que el fundidor Stanislav Brabec pasó en la ventana esperando el resplandor.

Pero el resplandor ¡nada!

— ¿Qué estás haciendo? — dijo María Brabec.

Stanislav Brabec no respondió. En su corazón, la inquietud bullía tempestuosamente. Con ojos exorbitantemente abiertos quería penetrar las tinieblas. El cielo estaba negro.

¿Qué habría sucedido?

Permaneció aún un buen rato en la ventana, después la cerró con lentitud y retornó a la vera de su María. Andaba con paso inseguro y vacilante. Con el que

vuelven de la escuela los alumnos que no han logrado aprobar el examen que les permite pasar al curso superior.

— ¿Has visto el resplandor? — preguntó María.

— No ha habido resplandor — replicó Stanislav Brabec volviendo a la ventana.

El orden establecido de las cosas estaba hecho añicos, porque María Brabec se hallaba en la ventana junto a él. Tenían enlazadas las manos y miraban en dirección al sur, hacia donde debía elevarse la llamarada de la colada. Ella con su chambra de dormir azul, de punto, hecha con sus propias manos, con su bonachona cara redonda y sus ojos cálidos; él, espigado y enjuto, en su camisón blanco, con los pies en sus maltrechas zapatillas. Eran merecedores de que en su honor se hubieran encendido los más suntuosos, los más abigarrados fuegos artificiales del mundo... ¡Vamos, Tomás, ilumínales ya de una vez el negro cielo de Ostrava!

Pero el horizonte permanecía tenebroso y en él sólo fulguraban las estrellas.

— ¿Qué habrá sucedido? — pensó Stanislav Brabec —. ¿Pero qué habrá pasado, dios mío?

Seguidamente exclamó:

— Dame mi ropa, madre, voy a ir.

— ¿A dónde quieres ir? — interrogó sobresaltada —. Es de noche...

¡Pero intentad razonar con un viejo testarudo! Se puso el chaquetón, se encasquetó la gorra, empuñó su bastoncillo de Poděbrady y se fué... a sacar a su hijo Tomás del atolladero.

El portero se quedó tan sorprendido como si viera un fantasma, ya que los jubilados no acostumbran, en efecto, visitar a sus altos hornos durante el día, y aún menos a horas tan avanzadas, cuando el cielo se argenta con el alborear cercano.

Ninguna cosa del otro mundo ha de parecernos, pues, que el vigilante Gavenda frunza, con aire oficial, sus cejas y enarbole una severa mirada, a pesar de que la amistad que le une con Stanislav Brabec sea vieja e íntima.

— ¿A dónde vas, viejo? — le dice con extrañeza —. ¿A la fábrica?... No puedo dejarte entrar... ¡No me mires así, Stanislav!... Yo cumplo con mi deber...

— Yo también. Vengo a ver a mi chico — exclamó Stanislav Brabec, agregando con indignación: — Bueno, Gavenda, ¿me conoces?, ¿sí o no?

— Sí, claro — balbuceó el portero.

— ¿Entonces quién soy yo, Gavenda?

— Escucha, Stanislav...

— ¿Quién soy yo, Gavenda?

— Viejo alelado — prorrumpió con repentino júbilo el vigilante —, ¿y quién has de ser?

— ¿Me dejas pasar?

– Imposible.

– ¿No vas a dejarme entrar?

– No es posible, Stanislav...

– Gavenda – susurró suplicante el viejo.

El portero Gavenda le dirigió una mirada que expresaba toda su turbación.

– Pero no te quedes mucho tiempo – dijo suavemente suspirando con alivio. Después de todo, que otro venga a esta puerta a prohibirle la entrada en la fábrica a Stanislav Brabec, el cual ha dejado su vida aquí.

Y Stanislav Brabec se quedó extrañadísimo con lo que vió. Era la imagen común de cada día, la misma que treinta años de alto horno habían grabado en su memoria. El silbido de los escapes de vapor, el crujido de las grúas y la ardiente luz del metal que se encendía y apagaba alternativamente. Todo estaba en su sitio: el alto horno y Tomás.

Stanislav Brabec respiró muy hondo, como lo hacen esos tenaces escaladores que logran coronar la cima de la montaña.

Lo único raro en ese cuadro era él mismo, el propio Stanislav Brabec, circulando con su bastón de jubilado debajo de los chirridos de la grúa giratoria. Tomás tenía cara de asombro, su equipo también. Le miraban como si hubieran esperado que el singular abuelito se desvaneciera súbitamente en humo. Pero con

ojo experto, Stanislav Brabec examinó el campo de batalla antes de meterse con su retoño:

–¿Entonces qué, radiógrafo, sudando?

– Un poco – replicó Tomás, y añadió: – ¿Y tú, qué buscas por aquí?

Con un prolongado sorbo de fundidor bebió en un jarro de cerveza, que tendió seguidamente a su padre. ¡Vaya, vaya!, ved al fundidor...

– ¿Eh, artistas, para cuándo la sangría? – ironizó Stanislav Brabec –. He venido a ver si no es papilla de sémola lo que vais a sacar de allí.

– Hace ya tiempo que hemos hecho la primera colada – contestó Tomás – y dentro de unos instantes liquidaremos la segunda.

– ¿Cómo, la segunda? – rezongó con extrañeza Stanislav Brabec –, ¿y cuándo, entonces, fué la primera?

– A medianoche – afirmó el hijo, cuyos ojos brillaron –. Se te han pegado las sábanas, padre. Tu sucesor tardaba bastante en hacerlo... ¿Sabes lo que es una colada rápida, padre?...

– ¿Qué maneras de hablar a tu padre son ésas? – exclamó irritado Stanislav Brabec. Luego enmudeció.

– Nosotros hacemos la colada en hora y media – dijo Tomás –. El nuestro es un trabajo científico. Y político, padre. Somos fundidores rápidos... ¡de otra escuela, sí!...

De otra escuela, vaya...

¡Ah mundo, mundo, cuán maravilloso eres!... ¿Cuánto tiempo hacía exactamente que Tomás lanzó el primer grito?

Esperábamos en vano el resplandor, madre, porque se nos adelantó. Hizo su aparición mientras dormíamos... Lo hemos fallado de la manera más tonta del mundo, y es todo. Estábamos allí, plantados en la ventana, escudriñando la obscuridad. Y el resplandor nos tomó la delantera.

— ¿No tienes hambre? — le preguntó Stanislav Brabec a su hijo —. Te he traído una rebanada de pan con mantequilla.

— ¿Qué si tengo? — gritó Tomás —. Sí, padre, ¡y qué hambre!

Desde entonces, Stanislav Brabec ya no se despierta más de noche para contemplar la reverberación de su alto horno. Porque ¿cómo mantener la cadencia de esos «fundidores rápidos»? Uno se levanta a la una, pero ellos abrieron ya la piquera a medianoche. Te levantas a medianoche, y lo habrán hecho a las once. Lo mejor que podemos hacer, madre, es dormir con hartura. ¡Bastante nos hemos privado de sueño durante nuestra vida!

FIDELIDAD

Jan Weiss

I

De su madre heredó Lojzka una ambición: ser una sirvienta tan ejemplar y perfecta como ella lo fué, una de esas sirvientas que toda su vida permanecen en la misma casa, que sirven hasta la muerte al mismo amo.

Desde pequeñita estaba poseída por el afán de lograr el reconocimiento del amo. Se entregaba a todas las faenas con frenesí; no conocía el cansancio, no conocía el descanso. ¡Con tal que el ama y el amo estuviesen contentos! ¡Con tal que parasen en ella sus benévolos ojos, de merecer una palabrita de aprobación y, si a Dios pluguiera, de admiración!...

Pero es difícil, hasta imposible, servir a dos amos. Si el patrón quería una cosa, la patrona quería otra.

— ¡Anda a preparar el pienso!

— Ya está preparado, mi ama...

— ¡Vete, te digo, y no repliques!

Lojzka salía. Pero ya el amo la buscaba para que echase paja a la cuadra.

— Ayer la eché, señor amo, pero ya voy...

— ¿Adónde corres? ¿Dos veces vas a empajar? ¿Es que te crees que la robo, la paja?

Lojzka apretaba los dientes. Más importante es la orden que la faena. Aprendía a callar. De nuevo le gritaba:

— ¿Has oído? ¿O te has quedado sorda?

Así había sido siempre y así debía ser, porque así lo había dispuesto Dios en su insondable sabiduría. Tal había sido su voluntad, y sin su voluntad ni una hoja se mueve... El contempla complacido los trigales de Valnoha, que no pueden abarcarse con la vista. El los besa con los rayos del sol. Y cuando la tierra se reseca

y se agrieta por falta de agua, Lojzka, afligida, reza y le pide que se apiade y envíe la lluvia.

Era creyente, con esa ingenuidad, esa fe infantil de la mayoría de las mujeres pobres. Imploraba al Señor que mirase bondadoso a la vaca Blanquiza cuando iba a parir; y, ya que ponía su mirada en Blanquiza, que la extendiera a todo el ganado que levantaba un estruendo de mugidos y cadenas cuando la sentía acercarse a la hora del pienso.

Era una humilde y simple sierva de Dios, y del ama y el amo. La prosperidad de la hacienda del amo era su orgullo, y de su florecimiento también a ella le cabía el mérito, aunque nadie lo dijera nunca. Sólo sus manos y sus pies lo atestiguaban. Las manos aun podían pasar; vivían y trabajaban libres a los vientos y en el agua, bajo el sol y bajo la lluvia. Pero los pies... Desde que amanecía hasta que cerraba la noche corrían de un sitio a otro, con sus talones callosos, duros como suelas, sus ojos de gallo, sus nudillos deformes, con la deformación que les imprimieron los viejos zapatones recios y con las puntas retorcidas hacia arriba. Esos pies fatigados no parecían tener veinticinco años, sino ciento.

Una vez le sonrió la dicha a Lojzka. Fué cuando nació Vašík. El chiquillo era como una perita. Aun no tenía una semana y ya sabía hacerse obedecer. Sabía chillar hasta desgañitarse. ¡Qué rabiosillo era!

Justamente volvía de la despensa a la cocina. Junto a la puerta de la oscura galería, al lado del hogar, se puso a partir en un barreño unas patatas medio podridas. Y Vašík gritaba como si se lo llevaran los demonios en sus tridentes. Había allí tres mujeres –además de Lojzka– y ninguna sabía cómo hacer con él. Vašík rueda de mano en mano; la madre se lo da a la comadrona, la comadrona a Bětka, Bětka de nuevo a su madre. El chiquillo, con un potente impulso, suelta hasta la última gota de aire de sus pulmones en un rugido; ya se ha puesto azul, parece que se asfixia. La madre sacude a la criatura, la comadrona le insufla en la garganta su propio aliento. El chico se convulsiona, se recobra y vuelve a gritar aún más agudamente.

Entonces Bětka corre con él, como desbocada. Es la hija mayor de Valnoha, una chiquilla medio boba que, en su simpleza, a veces hace cosas que no deben hacerse o dice cosas que no deben decirse. Vašík se revuelve y hace resistencia en sus brazos, está en riesgo de caerse del edredón que lo envuelve. Y Bětka, perpleja, tiende el niño a los brazos de la que en ese momento está más cerca de ella, Lojzka, que está en la galería.

Sonó tardío el grito de la madre para impedirlo. Lojzka se limpió apresuradamente las manos en el refajo azul y, por encima del barreño, alcanzó al niño como agarra uno algo que le dan con apremio.

Y ¡maravilla de las maravillas! el pequeño se calló de pronto, como por ensalmo. Pero allí estaba ya la madre para arrebatárselo a Lojzka de los brazos, y milagro fué que la criatura no cayese en el barreño. El chico empezó otra vez a gritar, y de nuevo pasó a los brazos de Bětka, y se repitió la rueda y el angustioso llanto y los vanos esfuerzos para calmarlo. Al fin, la comadrona se aventuró a repetir el interesante experimento. Fué hasta la galería y puso a Vašík en los brazos ya espectantes de Lojzka. Y fué como mano de santo.

– ¡Oh, éste sí que va a ser un amo! – profetizó sonriendo y aspirando el olor dulzarrón a establo que emanaba de Lojzka.

Desde entonces, la muchacha Lojzka pasó de la cuadra a la vivienda de la familia. No como niñera, que tal lujo no lo hubiera tolerado el ama, sino como criada bajo su mano, para cuidar al niño. El puesto no era de mieles. Igual tenía que pasar por todas las llamas del infierno.

Lojzka no tenía ni pizca de belleza para el gusto aldeano, y ella misma no se gustaba. Debajo de sus pómulos huesudos parecían más profundos aún los hoyos de sus hundidas mejillas. Pero su sonrisa tenía una dulzura impresionante y un singular poder de expresión de belleza humana. Mas Lojzka tenía muy pocos motivos para sonreír. Por eso, aun esa rara

lumbre de su bella sonrisa casi permanecía oculta no sólo para cualquier persona, sino también para la misma Lojzka.

Aparte de los pensamientos dirigidos a Dios tenía sólo una aspiración y un anhelo: servir fielmente a sus amos y acabar su vida sirviéndolos, como la había acabado su madre. Pertenecía a esos viejos niños, a esos seres infantiles que se mantienen siempre en el paraíso perdido de la infancia. Toda su vida lo están buscando. Sí, aquí, en alguno de estos lugares ha existido ese paraíso; todas las cosas lo evocan, bellas y queridas, iluminadas por la aureola de los recuerdos.

Los Valnoha tenían ya dos hijas. Por eso fué aquel regocijo cuando, al fin, al cabo de los años, nació el heredero. Esa alegría la compartía en secreto Lojzka. Sabía que él sería su joven amo, junto al cual dejaría el fardo de los años que el Señor, en su insondable sabiduría, quisiera concederle.

A la sazón, Lojzka ponía todas sus fuerzas en tensión para merecer el honor de mecer y dormir al futuro heredero y señor de tan hermosa hacienda. Y Vašík se encariñó con ella, por motivos que nadie sabía, ni él ni ella. Dejaba de llorar ante la aurora de su apacible sonrisa. De él dependía cuánto tiempo estaría protegida sin tener que volver a los viejos zapatones.

Una vez la sorprendió el ama besando a Vašík en la frente. La empujó con rudeza.

— ¿Qué haces?

— Yo... yo... Perdone, mi ama...

— ¡Lame a los tuyos, cuando los tengas!

En cuanto podía, el ama separaba a Lojzka del chico. Se acercaba el momento —Lojzka lo sentía— en que Vašík no la iba a necesitar. Aquel amorcito era a menudo traicionero. Una vez le daba un manotazo en la nariz cuando menos lo esperaba; otra, era una patada en la barbilla cuando le ponía el zapatito.

Y un día se encontró nuevamente con la horquilla en el establo. Reaparecieron los zapatones, el balancín para el acarreo del agua, los piensos. El ama tomó medidas para que el chico no volviera a tener contacto con ella. Y Vašík olvidó pronto.

Pasaron los años. Vašík creció, pero ella siguió guardando su amor al chiquillo. Cuando lo veía en el corral era como si saliera el sol, e interrumpía unos instantes, emocionada, su apresurada marcha o lo contemplaba desde lejos con admiración, estimando qué buen mozo iba a ser. Como un gallo altivo, él echaba un vistazo al corral y llamaba:

— ¡Varhula!

El perro corría retozando alegremente, le lamía las manos y removía el rabo. Y Vašík, el futuro propietario, aprendía a mandar y se ensayaba, para empezar, con Varhula. Pegaba al perro cuando no le obedecía.

Un día le dijo:

— ¡Varhula, tráeme la escopeta!

Varhula agitaba el rabito. No sabía por qué su amito le pegaba, y se marchó ofendido. En aquel momento pasaba Lojzka presurosa hacia el henil. Se desvió unos cuantos pasos sólo para poder acercarse a él y sonreírle. Y Vašík ensayó con Lojzka.

— ¡Lojzka, tráeme la escopeta!

Lojzka marchó con toda la prisa de que era capaz, más saltando que corriendo. Sólo una cosa temía, cómo la recibirían en la cocina.

— ¿Qué quieres? — le espetó la Valnoha.

— Vašík ordena que le lleve la escopeta...

Así supo Vašík cuán fácil y ventajoso era mandar. Fué ésa su primera orden a Lojzka. A medida que iba creciendo sus órdenes iban haciéndose más duras. ¡Cuántas se sucedieron desde aquélla de la escopetita! El ama no le reñía nunca. Sabía bien que educaba en él al amo, al jefe y heredero que iba dominar en el reino de sus sesenta y cinco hectáreas.

II

Hoy Lojzka tiene ya cincuenta y cinco años, pero parece una anciana. El joven Valnoha es ya el solo dueño. Ha mejorado la propiedad; compró tierras, reconstruyó el granero, con obras de sillería, como un alcázar, añadió un piso al henil. Lojzka podría enorgullecerse de aquella hermosura. Pero estaba tan extenuada que ni siquiera era capaz de tener ideas tan claras y elevadas.

Corría como una máquina de faena en faena. De su cerebro embotado sólo salían pensamientos sobre el trabajo cotidiano que había que hacer, y no confundirse. En torno suyo las cosas cambiaban, surgían, se renovaban, envejecían y desaparecían; sólo sus terribles zapatones duraban. ¡Eran como de piedra! Y aquellos pies... Casi no parecían pies humanos. Ningún ser, más que el hombre, sabría deformarlos tanto.

¡Cuántas cosas habían pasado! ¡Qué fragmentos volcánicos de historia! ¡Qué erupciones de hechos! Pero todo era como si ocurriera en la lejanía, inaudible para ella... La traición de Munich, la vivisección de la República, la fantástica agresión nazi, la febril pesadilla de la ocupación, el despertar de la Revolución de Mayo. Nada la afectaba; no había ninguna diferencia en el tiempo, la vida era siempre igualmente dura, los días se alargaban o se acortaban, pero el trabajo no disminuía. Nadie hablaba con ella de los acontecimientos en el correr de los días y las horas. Sólo como un estruendo lejano llegaban hasta ella voces agitadas, pero que, seguramente, nada bueno le auguraban. Se daba por contenta con que a ella, por lo menos, no la tocaran, con poder vivir y trabajar,

y también por esto daba gracias a su Dios. Lo que él hace bien hecho está...

¡Cuántos mozos y mozas de faena se sucedieron en la hacienda! Aparecían y volvían a desaparecer cuando apenas se había familiarizado Lojzka con sus fisonomías y sus nombres.

La robusta Anděla tenía los cabellos castaños con matices rojizos de turba e inteligentes ojos azules como ciruelas escarchadas. Trabajaba con pasión y terminaba rápidamente la faena. Luego se echaba en cualquier sitio y dormía.

Los primeros días de entrar en el servicio el amo la rondaba como un gato goloso. Un día salió bruscamente del barracón de servicio y cerró tras sí con un violento portazo. Mas la puerta volvió a abrirse y resonó por todo el corral la voz clara, casi infantil, de Anděla:

— ¡Marrano!

Un momento después salió Anděla del barracón, llegó hasta la bomba del agua y se puso a lavarse las piernas morenas que a primera vista parecían tan asequibles. El amo estaba furioso, recomiéndose de ira. En tiempo normal hubiera salido Anděla volando por la puerta desde la punta de su bota. Pero hoy había que roer esa dura corteza y hacer como si nada hubiera ocurrido. Anděla era entendida en el trabajo y apretaba firme en cualquier faena. ¡Y ahora esa ágil

moza pedía la cuenta! ¡Anda, lárgate!... Pero se tragó la cólera y la despidió amablemente, con un apretón de manos y deseándole suerte en su nueva vida, ¡el bribón!

— ¿Por qué se ajetrea tanto, Lojzka? ¿Qué saca de ello? — le preguntó una vez la nueva criada, la morena y colorada Frantina, cuando, una semana después de entrar a servir, se había familiarizado con el corral.

— ¡Si apenas puede arrastrar los pies!

— Yo terminaré aquí mis servicios, hermosa. Aquí comencé y aquí acabaré...

— Eso está bien. Nadie la echa. ¡Pero no tiene que aperrearse de ese modo!

— Ya estoy acostumbrada desde joven. Ni me doy cuenta de que trabajo...

— Ya. Pero descanse siquiera los domingos.

— ¡Pues claro! ¡Si voy al templo del Señor! ¡Allí descanso admirablemente!

— Sí, sí, pero a nosotras nos hace cisco. A nosotras el amo nos acosa y no hace más que alabarla: «Lojzka por aquí. Lojzka por allá. ¡Fijáos en Lojzka, cómo calla y se afana!» Pero no seré yo quien haga lo mismo.

— ¿Eso dice? ¿De veras?

— ¡No sea tonta! ¡Descanse! ¡Si es un avaricioso!

¡Vaya! ¡Al fin llegó el reconocimiento tan esperado! Ahora tiene la propiedad una sirvienta modelo. Pero ¿por qué Vašík no se lo dice directamente a ella?

¿Por qué nunca le oye una palabrita buena y por qué caen sobre ella sus broncas igual que sobre las demás? ¿Por qué no le dice jamás: «Bien, Lojzka. Estoy contento de tí», o algo así? ¡Que le sonriera alguna vez! ¡Que le hiciera con la cabeza un gesto de alabanza!... ¡Si estos brazos lo han llevado!...

Naturalmente que lo comprende y lo disculpa. Tiene ahora especiales preocupaciones. Desde que murió el viejo Valnoha todo depende de él.

La principal preocupación del joven Valnoha consistía, en parte, en que estaba dispuesto a casarse. ¡Cuántos años estuvo buscando novia! Muchachas como flores no faltaban en la aldea, pero ninguna le satisfacía. Para su hacienda, para su figura arrogante de anchos hombros, para su altiva nariz aguileña y sus ojos de miosotis, tan serenos e inocentes, tenía que ser la novia un dechado de todas las perfecciones. Le gustaba ir hasta el pueblo en motocicleta. Decía que era la carrera «tras la novia».

Lojzka le deseaba de corazón todos los goces del mundo, pero no podía verlo en aquella máquina infernal. ¡Si fuera a caerse de cabeza, si se hiriera!... A todas sus preocupaciones se añadía una nueva, y no tenía reposo hasta que regresaba.

Pero el joven propietario tenía aun otras preocupaciones, menos agradables. Ya hacía tiempo que en la aldea sucedían cosas raras, de las que Lojzka no

entendía ni un comino. Se hablaba todo el tiempo de una cooperativa; pero ¿qué podía importarle a ella? Ligados con la cooperativa sonaban los nombres de Šírka, Dlabola, Pecháček. A esos los conocía, pero eran justamente los pobres más pobres de la aldea. ¡A buen seguro que el amo no iba a tener miedo de ellos! Con Pecháček hasta fué a la escuela por corto tiempo; era entonces un muchacho de dientes prominentes y hambrientos que mordían cuanto caía a su alcance. Constantemente daba vueltas en su cabeza a la misma idea: ¿Por qué también el amo habla de esa cooperativa tan a menudo y le irrita tanto? Algo había ahí que no estaba bien.

A veces se figuraba que volvía la época de la ocupación nazi. Otra vez a esconder el grano y las patatas, otra vez llegaban los avisos y las alarmas de una próxima revisión. Otra vez ocultaban rápidamente las gallinas. Pero ¿de quién las ocultaban y por qué? Y le entraba el temor de que tal vez quisiera alguien apoderarse de una propiedad tan hermosa, algún enemigo invisible, pero poderoso... Mas ¿por qué no se lo dicen a ella que está dispuesta a defenderla con uñas y dientes y, si es preciso, a poner más fuerzas aún en el trabajo, hasta caer agotada? ¿Es que su fidelidad merece que se guarden con ella secretos? Eso es que Dios nos envía esa cooperativa por nuestros pecados, como la langosta, los incendios y las inundaciones.

En los últimos tiempos, Frantina aflojaba en el trabajo. A Valnoha le parecía que empezaba a hacerles guiños a esos ganapanes de la cooperativa, ¡si ya no estaba ligada con ellos! ¡Y osaba hacerle frente a él, el amo! Sólo en Lojzka se puede tener confianza.

Pero también Lojzka, en esta Babilonia, confía en el amo. Cree en él, lo que él dice es sagrado. Y Vašík – como lo llama en el fondo de su alma – maldice a la cooperativa y la manda a todos los demonios, tuerce la boca y escupe, lanza amenazas contra ella... Y un día...

Iba renqueando en sus viejos zapatones por el porche cuando de pronto la detuvo una voz. En la casa había visitas; por la ventana abierta salía el humo azulado de los cigarros puros.

– ¡Siempre lo he dicho: la cooperativa es una cosa excelente, por mi vida!

Era la voz de Vašík, la reconocería entre miles, pero lo que decía la dejó tan confundida que se quedó clavada en el sitio. ¿Habría oído bien? ¿Se habría vuelto loco?

– ¡Venga en buena hora! Yo ayudaré. Ya desde el principio le estoy prestando atención, a mí nada se me escapa, y por eso tengo que decir que están haciéndolo bastante bien. Ahora que, el que aun no ha pasado por esa experiencia necesita un consejero, un organizador, por decirlo así, que sepa en cada caso qué hay que hacer.

Una voz ajena explicaba algo, y de nuevo habló Vašík:

– ¿Y por qué no? Yo les enseñaré cómo se hace eso... en esas cosas yo sé por donde ando.

¿Hasta a entrar en tales asociaciones llegaba el amo? ¿Y hasta iba a enseñarles cómo hacer? O ella desvariaba o desvariaba el amo...

Al cabo de unas semanas llegaron dos de la cooperativa a buscar el tractor.

– ¡Ya los estaba esperando, señores!

Dlabola, aquel flaco diablo, con los dientes y los ojos brillantes, le puso un documento delante de las narices.

– No tienen que mostrarme nada. Todo está en regla. ¡Esta es una buena máquina, yo se lo garantizo!

Vió cómo, después, el amo les dió a ambos la mano, cómo los acompañó cuando se marcharon, e incluso agitó el sombrero para despedirlos.

Pero apenas la máquina había doblado la esquina arrojó aquel sombrero al suelo y empezó a vociferar, a patear y rabiar como un caballo desbocado.

¿Quién podría aclararle esto a Lojzka?

Poco después ocurrió una cosa que Lojzka presentía y que quería evitar con sus oraciones. El amo marchó al pueblo en la motocicleta y lo trajeron en un coche con la cabeza ensangrentada y una pierna rota. Dos meses enteros estuvo encamado, con la pierna enyesada.

Al fin, en el verano, lo peor había pasado ya. El hueso de la pierna estaba soldado — dijo el doctor — y pronto podría quitarle aquel cascarón. El enfermo se hizo entonces muy caprichoso, obstinado, hasta el infantilismo a veces, posiblemente como consecuencia de aquella herida en la cabeza.

Una tarde, al entrar Lojzka en la habitación por un rollo de amasar, le ordenó sin más ni más:

— ¡Lojzka, méceme la pierna!

Y alargó hacia ella, sacándola del edredón que la cubría, aquella extremidad abultada por un blanco caparazón.

Lojzka, desconcertada, permanecía en la puerta y miraba espantada a la habitación.

— Te he dicho que mezas mi pierna — repitió con voz afable; — y cierra la puerta, hay corriente.

Lojzka se acercó temerosa a la cama.

¡Siéntate!

Se sentó en el borde del lecho. Entonces, la pierna vendada se posó sobre sus rodillas.

— ¡Mécela!

Con el mayor cuidado la rodeó con sus brazos, la acercó a su cuerpo y le imprimió unos tímidos movimientos de vaivén.

— Así, así — murmuró satisfecho Valnoha; — eso me hace bien.

Alentada por aquel éxito, fué meciéndola poco a

poco, suavemente. Aquella extremidad no pesaba más que una criatura envuelta en su edredón. Solamente era más rígida y, en lugar de cabeza, asomaba el informe bulto del pie vendado. Era como un recién nacido monstruoso, todo envuelto en gasas a modo de pañales. Y, sin embargo, en Lojzka evocó súbitamente el recuerdo de aquel chiquillo ajeno que se dormía dulcemente en sus brazos.

— ¡Voto a tal! — exclamó aliviado Valnoha. — ¡Monstruos de hormigas! Toda la noche me han estado picando. Como cuando pisa uno un hormiguero... ¡Arrúllala para que se duerma! No ha dormido en toda la noche... ¿Ves? Ya se esconden los monstruos...

Lojzka mecía con adoración la pierna. Se encogía para hacerse menos aparente, pues había llegado directamente del establo con el refajo maculado, como si pudiera hacerse toda ella invisible, salvo los brazos para mecer a aquel roto pedazo de Vašík.

— Tú, Lojzka, serás desde hoy la niñera de esta pata mía — dijo jovial. — Tú eres mejor que el doctor. Tú fuiste la que me meció cuando estaba en mantillas ¿verdad?

— ¡Seguro, Vašiqui... mi amo — corrigió prontamente, sofocada de delicias ante su amabilidad. — Nadie más que yo podía acallarlo. Nadie, ni la mamá... Un capullito rosado era entonces.

— Sí, tengo que decirlo: eres mi sirvienta fiel — se deshacía el amo. — ¿Cómo era aquello que me cantabas? ¡Al demonio si me acuerdo! Era una canción muy bonita. ¿Cómo era?

Lojzka rebosaba de júbilo en aquel diluvio de benevolencia. Sí, sí; tiene un corazón de oro, aunque es un poco rudo. Al fin, su fidelidad era apreciada. Nunca tiene el hombre que desesperar...

— ¡Mece bien! — rezongó él de pronto — ¡Y canta!

— No sé si sabré — dijo temerosa, y tosió profundamente. Después, mientras Valnoha ronroneaba satisfecho con las manos cruzadas sobre el vientre, Lojzka cantó con voz seca y cascada, a la vez que sonreía pensativa:

— Toca el tamborcillo
en su tamborcín,
llama a los chiquillos:
¡muchachos, salid!

— ¡Basta! — le impuso silencio con una palabra. — ¿Quién puede escucharte?

— Era ésta, mi amo — saltó ella, segura de lo que afirmaba. — Esta era la que siempre quería; era la más bonita. Estoy segura.

— Bueno, pues no graznes más. Tienes una voz que parece una carraca descompuesta.

— Ya me voy, pues, mi amo — dijo con voz culpable.

Colocó con cuidado la pierna en la sábana y se levantó.

— ¡No sabes hacer nada! Ya andan corriéndome las hormigas de acá para allá. ¡Cochinos bichos!

Así de nuevo se encontró en el establo. Respiró hondamente. Las vacas mugían ya de hambre. Acarició al ternero y distribuyó a todos el heno equitativamente.

— ¡Me está bien empleado! — dijo como riéndose de sí misma por haber osado pedir demasiado.

A los pocos días volvió a llamarla. Estaba ya sentado en la cama, con la espalda apoyada en una almohada. Puso con cuidado la pierna en sus rodillas. Estuvo un rato mirándola, sin hablar, como si la viera por primera vez. Después dijo:

— Dime, Lojzka ¿te gusta cómo vivimos ahora, con este régimen?

No sabía qué contestar para que no la echara y empezó a arrullar: ea, ea...

— ¡Contesta cuando te preguntan! ¿Te gusta o no te gusta?

— Me gusta, mi amo. ¡Gracias sean dadas al Señor!

— ¿Qué? — saltó él — ¿De modo que te gustan nuestros rojos? ¿Andas con ellos?

Quedó completamente confundida. Tartamudeó:

— No sé lo que quiere decir, mi amo. Yo no me meto en nada.

— A mí me parece que andas con esa gentuza; que estoy calentando en mi pecho a una víbora — dijo con intención para ponerla a prueba.

— Mi amo — repuso ella sofocándose — he servido fielmente a sus padres y lo serviré a usted...

—...hasta el último aliento — terminó él, y continuó con acento bondadoso:

— Pues acuérdate, Lojzka: Aquí estás considerada como si fueras de la familia. Eres ya un vejestorio (Lojzka se encogió) y ya no puedes dar abasto a la faena. (Eso no es verdad.) Pero yo sigo manteniéndote en la hacienda como a una sirvienta fiel y honrada (Los ojos de Lojzka brillaron con devoción perruna). Y cuando mueras te haré un entierro como nunca otro tal ha visto la aldea. Hablo contigo francamente, porque eres como mi segunda madre (Lojzka empezó a mecer la pierna con un nuevo arranque de ternura). Pero ahora que esos rojos están en el poder las cosas van para nosotros de mal en peor. Esa chusma de pobretones de la aldea han amasado y horneado ese pastel de la cooperativa... (¿Cómo Vašíček? ¿Otra vez estás en contra? ¡Ahora sí que no entiendo ni gota!) Están afilándose los dientes para clavarlos en nuestra propiedad. Les gustaría encontrarlo todo hecho... ¡Sólo que Valnoha es más listo que todos

ellos! Te digo esto, Lojzka, confidencialmente, porque tengo confianza en ti. ¡Y nada de hacer amistades con Frantina! Lo que tienes que hacer es esquivarla. Esa cualquier día da el esquinazo; pero ¡anda y que se vaya! De todos modos, se ha hecho más vaga que un piojo. Pero tú, Lojzka, tendrás que apretar más en la faena.

Así habló con ella y la despidió con la mayor amabilidad. Lojzka estaba en el séptimo cielo. ¡Cómo le había hablado! Eres como mi segunda madre... Al fin llegó el día tan ansiado. Tiene que trabajar más para merecer tales dones. ¡Si solamente le regalara otros zapatos, antes de que los pies se le deformaran del todo! Se lo dirá, ahora ya puede decírselo, cuando vuelva a llamarla, quizás mañana. Y la confortaba el pensamiento de que le hablaría como a su segunda madre.

El ansiado mañana se convirtió en hoy, después en ayer y poco a poco fué navegando hasta el pasado; Vašík no la volvió a llamar.

III

Un domingo por la noche, cuando ya se había recogido en su madriguera y rezaba sus oraciones, apareció de pronto en la puerta Frantina. Cubría su cabeza un pañuelo rojo, anudado bajo el mentón audaz

y firme. Así, encuadrado de rojo, su rostro adquiría una expresión concentrada y marcial. Rojo como la sangre era también el hatillo en el que había envuelto sus cosas. No había mucho en aquel envoltorio. Lo puso en el suelo y le tendió la mano.

— Vengo a despedirme de usted, Lojzka. Mañana por la mañana ya no estaré aquí.

El amo tenía razón. Frantina «daba esquinazo», como él decía.

— Me quedo sola para todo —, suspiró Lojzka. — No sé, no sé. ¿Y lo has pensado bien, Frantina?

— ¡Vergüenza me da haberlo pensado tanto tiempo!

— El amo no te admitirá otra vez.

— ¿Otra vez? ¡Antes mascaría grillos! Allí, buena Lojzka, el sistema es completamente diferente. En el establo hay ciento cincuenta cabezas. Son pocas dos mujeres para cuidarlo.

— ¿Y de quién son esas vacas?

— De todos en común. ¡Figúrese Lojzka, qué cantidad de leche!

— Pero vamos a ver, Frantina, si la mezclan toda ¿cómo sabe una después la que es de cada cual?

Frantina se desanudó el pañuelo bajo la barbilla para poder reírse a sus anchas.

— ¡Qué cosas tiene! Primero se recoge la leche en conjunto y así se entrega. El dinero se distribuye

después, según lo que cada uno haya trabajado. Y esto se hace también con los huevos, l s patatas, con todo. El que más ha trabajado más recibe...

— ¿Y quién manda allí? ¿Quién es como el amo de todo?

Frantina se enfadó:

— Usted, Lojzka, necesita tener siempre el palo encima. Le hace falta que haya alguien que la grite.

— Esa es la vida — dijo Lojzka resignada. — Siempre ha habido pobres y ricos...

— Ha habido, pero no volverá a haberlos — gritó Frantina. — ¿Es que eso tiene algo de justo?

— ¡Más bajo, más bajo, muchacha! Con los gritos no arreglas nada.

— Ya sé que le tiene miedo a ese bruto — se desahogó Frantina. — Todo lo sé. Que hasta le calza las botas a ese sinvergüenza; que le ha prohibido hablar conmigo, y por eso me huye como el diablo a la cruz. ¡Se mata usted a trabajar como una mula, por dos cuartos!

— ¡Pero aquí no se trata de dinero, muchacha!

— ¿De qué, entonces?

Bizqueó curiosa y miró en derredor buscando un asiento. Pero allí no había nada que se pareciera a un banco o una silla. Lojzka le hizo un sitio en su cama. Se sentó Frantina en él y se quitó el pañuelo de la cabeza. Sus negras trenchas le cayeron sobre el rostro.

Las echó hacia atrás con un movimiento de cabeza, como una potranca.

— Entonces, para usted ¿de qué se trata?

— De fidelidad — musitó Lojzka.

— ¡De fidelidad! ¡A semejante avaro! ¡Si es capaz de comer hasta su propia basura! Ni limpiarme las botas en él querría.

— Eso tú no lo comprendes, querida — le contestó con superioridad de vieja hechicera sabia. — No es sólo hacia el amo, es a todo el corral, es a mi madre, que murió aquí, en la propiedad; es al tejado, al humo, la chimenea y aquellas canciones que en un tiempo le cantaba; a cada vaca y cada ternero y cada paloma, a Varhula y su perrera, y a las gallinas y al grano que de vez en cuando les echo, y a cada brizna de paja y a ese estiércol, que tan bien me huele cuando lo esparzo; todo ello me ha tenido enamorada en este corral, y le seré fiel hasta la muerte...

Así, casi sin aliento, terminó Lojzka el más largo discurso de su vida. Frantina quedó unos momentos callada. Quería preguntarle si aquellos zapatos fosilizados que alzaban sobre la cama sus puntas retorcidas perten cían también a todas aquellas cosas que tanto la enamoraban, pero no dijo nada. Sabía que todo lo que Lojzka había dicho era como un grito de su corazón, al cual había que tener respeto. Pero, al mismo tiempo, se rebelaba contra esa monstruosa fi-

delidad hacia quien pisotea y rebaja al ser humano.

— Está muy bien, Lojzka — empezó a decir con delicadeza — que sea tan fiel a una persona ajena a usted. Ha crecido en la propiedad. Pero ¿qué ha hecho ella de usted? Le ha consumido todas sus fuerzas y su sangre y su fuego, como el petróleo de una lámpara; le ha destrozado los pies; ni siquiera ha logrado usted tener unos zapatos decentes al cabo de tantos años. La propiedad es hermosa, ¡claro que sí!, pero de esa propiedad no es suyo ni una brizna de paja ni un poquito de estiércol, fuera del que se queda metido bajo sus uñas. Y ni aun ése es suyo, porque usted misma no se pertenece, pertenece a la hacienda, al amo, como las vacas, como las gallinas, como Varhula. Es menos aún que esos animales, porque ellos, al fin y al cabo, tienen paja limpia para dormir, y calor y heno, mientras que a usted ni una cama decente le ha dado ese golfo, porque para él ni el precio de una cama vale. Le está arrancando la piel a tiras, porque usted se lo consiente. Cien veces mejor que usted estaba yo aquí, porque no le aguantaba nada. Y, sin embargo, me voy. Usted nos esquivaba, porque se agarraba a él, y nosotras, a nuestra vez, la esquivábamos a usted porque temíamos que le llevase cuentos. ¡Ahora ya lo sabe todo; lo llevaba dentro y tenía que soltarlo!

Lojzka escuchaba con expresión de horror. Y de pronto empezó a llorar.

— No, no, ya puedes estar tranquila, no es verdad eso que piensas de mí; nunca te he hecho nada malo, ¿cómo puedes pensarlo? ¡Mala! ¡Mala! ¡Vete ya, vete ya!

Lloraba con angustia, sentada en la colchoneta, cubriéndose el rostro con las palmas de las manos, como lloran sólo las mujeres cuando les han hecho una terrible injuria.

Frantina se echó sobre su pecho y le rodeó el cuello con ambos brazos.

— ¡Lojzka! ¿Por qué llora? Yo nunca he creído que usted llevara cuentos. Pero podía haberse dado el caso de que tanto le tirara de la lengua que un día u otro le sacara algo. ¡Vamos, basta ya! No llore más, que me va a hacer llorar a mí. ¡No se enfade conmigo, Lojzka! Ya me voy más contenta. Y venga algún día a verme; charlaremos amigablemente. ¿Y sabe qué? Vigile a esa sanguijuela. Un día también esta propiedad será nuestra. Y entonces dormirá usted en una cama caliente, comerá a la mesa como una persona. ¡Válgame Dios, ya empiezo otra vez! Me voy corriendo. ¡Consérvese buena!

Lojzka quedó tendida boca arriba, con la mirada clavada en el techo. Era como si le hubiera sucedido una gran desgracia. Sabía que no podría conciliar el

sueño. Le habían quitado su tranquilidad, habían socavado su firmeza, su seguridad, habían sacudido su fe, lo único que tenía. ¡Desdichada Frantina! ¿Por qué habrá venido a verme? ¡Bien decía el amo que la evitara! Pero ¿qué podía yo hacer, si es ella la que ha venido?...

Toda la noche estuvo removiéndose bajo el edredón; le pesaba, mas no calentaba su cuerpo dolorido. El amo... el amo... Una y otra vez trataba de representárselo como cuando le había sonreído complacido, pero siempre veía su rostro indiferente, violáceo, sus ojos fríos que la miraban penetrantes, como si quisieran traspasarla, pero no podía fijar en su mente sus ojos azules.

Le habló una vez con bondad. Fué cuando le mecía la pierna, cuando cantó para él, pero ni aun ese recuerdo podía retener. Cuando quería recrearse en él se rompía, igual que quedó truncada la canción, apenas comenzada, en su garganta. Había querido hablarle de aquel niño chiquitín, pero él no hizo caso; nunca logró hacerlo...

Hacia la madrugada tuvo un sueño extraño. Soñó que estaba amamantando al niño envuelto en su edredón. Los labios de la criatura succionan su seno, maman ávidamente. Le duele el seno a Lojzka, siente que se va debilitando; quiere desprender al niño, pero no puede, está agarrado como una sanguijuela.

Al fin lo separa y ve... no aquella cabecita con un gorrito blanco, sino la purpúrea cara del amo. Luego volvió a soñar, pero al despertarse no podía recordar su sueño. Todo el día estuvo aturdida, como sin alma, queriendo acordarse de cómo era aquel sueño, para no pensar en el primero.

Después de la comida, cuando iba renqueando por el corral con una cacerola de patatas, se asomó a la ventana el amo:

— ¡Lojzka, a descalzarme!

¡Ya! ¡Ya lo veía! Lo que soñó fué que estaba descalzándolo, y la bota con la pierna del amo, hasta la cadera, se le quedó entre las manos. Brotaba de la herida una sangre negra, y ella la enjugaba, de prisa, con un trapo que iba retorciendo en un cubo hasta que éste estuvo lleno.

Sin pensar en nada, puso la cazuela en el escalón de la entrada y penetró en la casa. El amo estaba ya, otra vez, sentado en su butaca. Sin hablar una palabra le tendió la pierna. Tan ahito estaba que casi no podía moverse; de su rostro encendido salían vahos de calor. En la mesa había una copa con restos de vino. Junto a la copa, en un cenicero, acababa de consumirse, deshaciéndose en ceniza, un cigarrillo abandonado indolentemente.

— ¡Aprisa, aprisa! — refunfuñó — ¡No tengo tiempo!

Por primera vez lo miró atentamente. Sus ojos se hundían en el rostro abotargado, el sudor perlaba su frente, el labio inferior pendía. El corazón de Lojzka se oprimió con un sentimiento de lástima, por ella y por él; lástima de que el que fué un niño tan lindo se hubiera convertido en aquello. Y no sólo de lástima, sino también de afrenta y frialdad, al mirarlo así repantigado, atiborrado de comida, con las piernas estiradas y los botones desabrochados; impotente, y sin embargo seguro; inerme, como vencido, y sin embargo triunfador. Y ella, de rodillas ante él, calzándole con cuidado las blandas zapatillas adornadas con un pompón, delicadamente, para no perturbar su adormecimiento. Pero dormía ya como un tronco. Y entonces, por primera vez, cruzó como un relámpago por su cabeza una idea terrible. ¡La habían engañado! Pero ¿quién la había engañado? ¿Quién? ¿Quién?

IV

El domingo, Lojzka se encaminó a la iglesia para asistir al servicio divino. El viejo casaquín de terciopelo, ya bastante raído, que fué de su madre, y el pañuelo morado de seda a la cabeza le daban un aire de Cuaresma. El pañuelo ponía un marco severo a su rostro de pómulos salientes, que evocaba el de una patética anciana tibetana.

Toda la semana vivía con la esperanza de asistir a la santa misa. Sólo allí encontraba reposo su cuerpo fatigado, en el aliento templado y oloroso del incienso y de las velas. Y, además, sentía un orgullo secreto en los íntimos repliegues de su alma de que ella, una de las más humildes y más pobres, que dormía en el sótano, que no tenía reposo en la faena ni para comer, de que un ser como ella fuera partícipe de aquello tan grandioso y brillante, de aquellas luces y aquella música; de poder cantar quedamente las alabanzas a Dios en aquel coro de voces de pobres y ricos. Éstos, los ricos, mejor vestidos, ocupando, claro está, los primeros bancos, los que están más cerca del altar mayor, desde los que se ven los movimientos de las manos del sacerdote y todos sus gestos. Lojzka, en el fondo de la iglesia, en un rincón, todo eso lo veía de lejos; pero no envidiaba a los que estaban cerca. Ella rogaba por todos los seres del mundo, para que todos alcanzaran el cielo y, si por ella fuera, el infierno hubiera sido cerrado desde hacía mucho tiempo.

Pero aquel día había ido a la iglesia agitada y fué a ocupar su puesto intranquila. Necesitaba hablar con Dios Nuestro Señor.

Hablaba con él muy a menudo en sus meditaciones y sentía gratitud y orgullo grandes de poderle hablar así, como si fuera su igual. Discutir, decirle sus quejas, lo que piensa ella, Lojzka, la última de los últi-

mos, y decírselo a él, el creador y dueño del mundo. A él no sólo su agradecimiento podía decirle, sino también sus quejas. A nadie más que a él podía hablar así, y lamentarse y hablarle de todo lo que pasaba, de lo que no estaba bien o no era justo. Sólo a su Señor Dios y a sus vaquitas podía abrirles su corazón de par en par.

Esta vez tenía muchas más cosas en su corazón. Lo primero que le vino a la mente allí, en el cuarto del amo, cuando sintió aquella duda, por primera vez, de que algo había que no estaba bien, lo primero en que pensó, inmediatamente, fué en la iglesia. Sólo Dios podía darle la solución, mostrarle el buen camino y devolverle la calma y la confianza.

— ¡Dios y Señor mío! ¿Cómo es eso, pues? Estuvo a verme Frantina, y puesto que tú, Señor, todo lo sabes, es posible que tú mismo la hayas enviado... ¿Tiene o no tiene razón? ¿Por qué les has dado a las vacas, a las gallinas y hasta a los cerdos una vida mejor que la que llevo yo? Sin embargo, yo soy buena, piadosa y fiel; pero no me sirve de nada; vivo peor que esos animales... Ya ves, Dios mío, que ellos duermen en un lecho limpio y hermoso, que yo les preparo, mientras yo duermo en el sótano, entre trapos. Tú lo ves, tú, que me miras cada día, ves cómo me hielo de frío en el invierno, que me despierto como un carámbano, y ves mis pies, señor de los cielos. Tú que pue-

des ver esta vida mía tan terrible ¿por qué no haces algo para ayudarme?... Así no podré resistir ya mucho, y creeré que no me quieres ayudar. Pero ¿por qué?... ¿Qué más tengo que hacer? ¿O es que no puedes? El amo no hace más que gritarme. Ahora tengo ya que quitarle las botas; las altas de cordones, las botas de montar... ¡Ese sí que tiene botas! Y yo se lo deseo, Dios mío, dále aun otro par más, pero mira mis viejos zapatos, que voy danzando con ellos por el corral como si pisara alfileres, Jesús del cielo; quítame ya esos zapatones. Yo sé que no me los quitarás, ¡cuántos años hace que te lo pido y haces como si no me oyeras! ¿Dónde está tu bondad, si dejas andar así a la pobre gente? ¿Cómo podemos creer en tí?... Lo que me dijo aquel día Frantina es la santa verdad; el amo me bebe la sangre, igual que en aquel sueño, y yo estoy ya toda reumática; esto no podría resistirlo ni un perro.

¡Oh, no me castigues, Señor, por ser hoy tan mala, pero es que ya no puedo más, de verdad! ¿Y cómo me vas a castigar, si más castigos ya no puedes darme? He cumplido sesenta años y ni siquiera a un hombre he conocido. A unos todo se lo das y a otros nada. ¿Es que eres ciego, Señor, o qué pasa contigo? Así, la gente dejará de creer en tí y ¿qué será luego?

Así se lamentaba Lojzka, así se agitaba, mientras

los demás, arrodillándose, se daban golpes de pecho. Y no cesó hasta que su corazón desbordado se vació hasta la última gota.

Después de la bendición quedó silenciosa. Todo lo había dicho ya; no le quedaba nada por decir. Nunca se había sentido tan aliviada. Sentía que aquel día no había ido a la iglesia en vano.

Después se detuvo aún ante la tumba de su madre. Estaba en un rincón, junto a la pared, al lado del basurero del cementerio, donde acababan de pudrirse las coronas deshechas y las rosas de cera mojadas del pasado Día de Difuntos. Desde mucho tiempo atrás, aquella pobre sepultura habría desaparecido bajo las pisadas de no haber sido los cuidados que cada domingo le prodigaba Lojzka.

Pero la meditación de aquel día ante la tumba de su madre no fué más devota que su amarga letanía de quejas y lamentaciones en la iglesia. Porque fué su madre la que la educó en la servidumbre y la fidelidad hacia la propiedad del amo; ella fué la que le inculcó desde la niñez esas virtudes de los pobres y los humildes, ella quien le enseñó a ser como una mansa ovejita. Ahora le descalza las botas al amo; ésta es una expresión de la benevolencia del amo; y ella misma silloza de dolor cuando se quita sus viejos zapatos, ¡tan lejos ha llegado! Y así se lo dijo, palabra por palabra, a la madre, como se lo dijo en la iglesia a Dios.

Una vez más resonó en su interior la flojiza voz del miedo. Todo esto es obra de Frantina. Si no hubiera sido por ella no hubiera sentido esta rebeldía. Y ahora tendrá que rezar ante el crucifijo y confesarle al señor cura cómo se ha sublevado contra Dios. Una semana, toda una larga semana arrastrándose por el corral, de aquí para allá, de esto a lo otro, como atontada, hasta ir a confesarse. ¿Y de qué va a servirle?

Lojzka se espantaba de sí misma. Se esforzaba en ser humilde, pedía perdón, pero, cuando se acordaba de todo aquello de nuevo se rebelaba y sólo encontraba palabras de reproche. Y se representaba, únicamente, al amo repantigado en el sillón, adormilado, sin respirar casi, con los botones desabrochados, impotente, y sin embargo seguro; como derrotado, y sin embargo triunfador. Y cómo ella le ponía las zapatillas de redondo pompón, cuidadosa y suavemente, para no despertarlo. Y cómo, por primera vez, brilló en su cabeza la terrible sospecha de que alguien la engañaba. Y entonces, como algo nuevo, con perspicaz certeza, adivinó quién. Ahora sabía ya quién era. ¡No era Dios! El no podía engañarla, si era tal como el que estaba en la iglesia. Eran ésos que inventaron las iglesias y los altares y las velas y el incienso y los órganos; los que inventaron la fidelidad, la sumisión, la obediencia y las demás virtudes de los pobres. Sus ruegos y sus lametaciones habían sido en

vano, inútiles, porque Dios ya la habría ayudado, hacía mucho tiempo, si hubiera podido.

Miró en derredor y le pareció como si estuviera en otro mundo. Todo en torno suyo era tan nuevo como si lo viese por primera vez. Hasta el sol brillaba de otro modo y el firmamento tenía un azul diferente. Y podía mirarlo tanto tiempo como quisiera. Y los tilos, junto a la escuela, era como si no los hubiera visto nunca, y eso que tenían por lo menos cien años. Corrió hacia allá y, de pronto, sintió sus pies. El alma era como si se hubiera desprendido de sus hierros, pero los pies seguían arrastrando el férreo grillete de sus dolores. Y esto le hizo acordarse de la hacienda y del amo, de las vacas y el cerdo de cien kilos, que estarían hambrientos e iban a romper el establo... En balde había corrido hacia los tilos... Mucho mejor era volver hacia la hacienda.

De pronto vió a Frantina. En el primer momento se asustó, quiso dar la vuelta para no encontrarse con ella. Al fin y al cabo ¿por qué temer? Frantina formaba parte de todas esas cosas nuevas que aquel día descubría, al dejar atrás la iglesia, el cielo azul, los tilos, el sol.

Frantina, como si hubiera estado esperándola, corrió hacia Lojzka y se colgó firme y amistosamente de su brazo.

— ¡Lojzka! ¿Aun está enojada conmigo?

— ¿Y por qué voy a estar enojada? — dijo, sintiendo con agrado la presión de su joven y cálido codo tan cerca de su vieja piel.

— Yo sé que fuí mala. En lugar de despedirme con cariño de usted me puse a reñirla...

— ¡Hiciste bien, muchacha! ¡Me lo merezco!

— ¡No, no. Aquello no estuvo bien! ¡Lojzka, venga conmigo!

— ¿Adónde Frantina?

— A ver donde trabajo ahora.

— Por mí, iría, muchacha, pero ¿acaso puedo? Toda la faena me está esperando; hasta la noche estaré dando vueltas de acá para allá. — Inmediatamente, sin embargo, aquellos mismos labios dijeron: — ¡Ea, voy, pase lo que pase! — Y Lojzka se dejó arrastrar con una mezcla de asombro y resolución. Sí, aquello había empezado con Frantina; Frantina había sido su sino. Existe de verdad ese destino que juega con la gente. Lo que sucedió tenía que suceder. De nada vale lamentarse, de nada vale echarse atrás. «Tenía que ser».

Frantina la llevó hasta el corralón de una granja que había sido en otro tiempo una hacienda «residual».*

* Después de la primera guerra mundial las grandes propiedades de la nobleza y de la iglesia fueron parceladas en beneficio, principalmente, de los ricos y los políticos influyentes de la coalición gubernamental. 630.000 pobres que solicitaron tierras recibieron parcelas a razón de 1 Ha. por término medio, mientras 2.000 personas pertenecientes a la clase capitalista obtuvieron 2000 Ha. a razón de 100 Ha. por término medio. De esta manera se formaron las llamadas propiedades «residuales. »

Torció seguidamente hacia un edificio de largos muros de ladrillo. ¿Serían las caballerizas? Ya al llegar al umbral aspiró Lojzka el templado olor que le era tan familiar, y cuando entró quedó sin aliento. Una larga fila de vacas lecheras, testuz junto a testuz, bermejas, blancas, berrendas, aterciopeladas, iba a perderse y prolongarse en otra hilera cuyo fin no podía abarcar la vista de Lojzka.

Pasaron por el limpio corredor a lo largo de la pared en la que se abrían grandes ventanas. Lojzka con ojos escrutadores; Frantina orgullosa, recreándose con el asombro de aquélla. El manso movimiento de las pezuñas, el chirriar de las cadenas, la rumiada jugosa, estaban allí multiplicados y se fundían en una voz única, común, potente, y sin embargo tan dulce como si fuera una canción familiar, grata a su oído, que interpretara de pronto una orquesta completa. Lojzka preguntaba una y otra vez a quién pertenecía ésta o la otra vaca, como si no oyera o no pudiera concebir lo que Frantina le respondía. Y ésta le replicaba constantemente: — De todos. Nuestra. De la Cooperativa.

— Por lo menos dime cómo se llama cada una, chica.

— Ahí puede usted leerlo; cada una tiene su tablilla.

— ¡Válgame el cielo! ¿Y esos números?

Cuando Frantina le explicó que eran la edad de las vacas, la ración de pienso y la cantidad de leche que daba cada una, movía la cabeza como si no entendiera nada. ¿Y eso para qué? ¿Para qué?

— Todo se lo explicaré — contestaba con importancia Frantina, y llevaba a Lojzka más allá. Estaban ya en el otro extremo de la nave y Frantina le mostró el funcionamiento de la electricidad: para el alumbrado, el abrevadero, el ordeñado. ¡Vea, hasta el acarreo del estiércol lo hacemos sobre ruedas!...

Pasaron al pasillo de enfrente, a lo largo de la otra pared lateral. Y también allí se alineaban las vacas hasta una distancia inabarcable a la vista.

— ¿A quién pertenece ésta? — comenzó de nuevo a preguntar como una niña pequeñita.

— ¡Si se lo he dicho decenas de veces! ¡A la Cooperativa!

— Pero eso no es verdad; eso te lo estás inventando; no me lo trago. Aclárame eso. No haces más que decir: la cooperativa, la cooperativa, y yo no sé qué es eso.

Mas cuando Frantina empezó a explicárselo Lojzka la escuchaba con oreja distraída, como cuando una persona cándida que no entiende la mitad de lo que le dicen y la otra mitad no la cree deja de escuchar sin

darse cuenta. Sabía que antes Frantina era pobre como una rata de iglesia, y ahora... este paraíso de vacas. ¿Es que eso puede creerse? ¡Que no le venga a ella Frantina con cuentos, que hoy nadie da nada gratis!... ¡Vaya que no!

Frantina se dió cuenta, al fin, de que su invitada estaba cansada.

— ¡Si ya no puede más, Lojzka, y yo estoy tirando de usted como si fuera un gato! ¿Sabe qué? Venga a descansar a mi casa. ¡Mire, Lojzka, esa es la paridera para nuestros terneros!...

— ¿Quéee?

Frantina repitió la frase, pero Lojzka ya ni escuchaba. Cuando llegaron a la lechería, de paredes recubiertas de azulejos de un suave color crema y con una fuente, también de azulejos, donde se refrescaban, puestos en fila, los envases colmados de leche, los pálidos labios de Lojzka se apretaron en obstinado silencio. Esto era ya demasiado para sus viejos ojos experimentados. Valnoha era un gran propietario; hubo tiempos en que hasta cuarenta vacas poseía, que tenían un establo limpio y caliente, y aun ahora había unas cuantas. ¡Pero cuánto trabajo dan! ¡La vaca muge, la vaca manda, pero tú, Lojzka, a callar! Para las vacas todo y para ella nada. Ningún cuidado para la persona. Mas si allí hay agua corriente y van de un lado a otro las carretillas, y la electricidad da luz y or-

deña y corta, eso es señal de que el que imaginó eso y lo puso en práctica sabía lo que representa agacharse y arrodillarse y ponerse en puntillas cientos de veces al día, y trepar por la escala y arrastrarse sobre las rodillas y traer y llevar; eso quiere decir que quien hizo todo eso no podía ser una mala persona. ¡Pero cuánto dinero debe de haber costado!...

Llegaron a una pequeña habitación con cortinas de cretona, plantas de pelargonias en la ventana, una mesita cubierta por un tapete, y sobre el tapete un jarrón y en el jarrón unos crisantemos. Cubriendo la cama, una colcha hecha a ganchillo, en el suelo una alfombrilla, sobre un armario-estantería una radio.

— ¡Alabado...!

No terminó su salutación; en la habitación no había nadie.

— ¿Quién vive aquí?

— ¡Pues, yo! ¿Le gusta?

Pero Lojzka seguía haciendo como si no oyera.

— ¿Y quién duerme ahí, en ese lecho de plumas?

— Pero ¿es que se ha quedado sorda? Me parece que hablo en buen checo: ahí duermo yo.

— ¿Quieres decir que ésa es tu cama? ¿Y la mesa, las sillas, las cortinas?... ¿Todo es tuyo, dices?

— Claro.

Al recorrer con la vista las paredes, con un poquitín de envidia femenina, la mirada de Lojzka se en-

contró con la esfera de un reloj antiguo con una florecilla pintada. Saltó asustada de su asiento.

— ¡Señor mío Jesucristo! ¡Las doce menos cinco y yo aquí como un papamoscas! ¡Nunca en mi vida! ...¡El amo me mata! ¡Y el cerdo, y las vacas!... ¿Qué dirán las vacas? ¡Qué negligente, Lojzka, qué negligente!

Lojzka marchó hacia la granja como una loca, gesticulando, con toda la rapidez que se lo permitían sus domingueras botas, sus dedos deformados, sus ojos de gallo y sus nudillos prominentes.

Entró presurosa en el establo alborotado y apaciguó a los animales. Acarició a las vacas como si fueran sus hijas y se disculpó con ellas de su descuido. Dijo allí, en el establo, la verdad, con la misma ingenuidad y sencillez de alma que en la iglesia. Y cuando las vacas comenzaron a rumiar tranquilas, se sentó junto a ellas, en un cajón y, con voz queda y una sonrisa lejana en sus secos labios, les habló de aquel paraíso de las vacas que ella había visto con sus propios ojos.

V

Después de su visita a Frantina fué como si el viento hubiera cambiado de dirección. Hasta entonces había soplado potente alrededor de «*su*» hacienda, tal como la habían visto sus ojos infantiles, e imprimido

a la veleta de su corazón la dirección hacia la fidelidad. Todos los pasos de su voluntad habían ido en esa dirección. Pero el viento había cambiado. ¡Sabía el diablo de donde soplaba! Y la veletilla de Lojzka se puso a girar. El viento había arrancado de sus ojos las azuladas brumas a través de las cuales le parecían tan caras y entrañables todas las cosas de la propiedad. ¡Su fidelidad! ¿Quién hacía caso de su fidelidad allí? El ama ni la apreciaba; el amo escupía en ella, en esa virtud, en esa hermosura de la fidelidad. Su mirada recorrió el corral y vió las cosas claras y reales, tal como eran en verdad, como si se hubieran desprendido los párpados de sus ojos. Advirtió, asombrada, el establo y el granero cayéndose de viejos, aquel pavimento que había arrancado las quejas de sus pies, la valla del huerto tumbada, el palomar en ruinas.

Volvió a representarse la vaquería por la que había pasado como en sueños. Y de pronto cruzó por su cabeza, como un relámpago, el pensamiento de que en un lugar a dos pasos de allí había una vida absolutamente diferente, mejor y más alegre. Unas personas a las que apenas conocía, que la intimidaban, pero que eran las que precisamente, según a ella le parecía, habían imaginado y construído aquellos establos en los que, no ya los animales, sino también los seres humanos tienen que sentirse dichosos.

Lojzka era tarda y poco ágil en pensar. Pero, de re-

pente, fulminó en ella, como una exhalación, una idea que daba respuesta al enigma de los enigmas: he ahí por qué el amo estaba en contra de la Cooperativa; todos los ricos tienen que ser enemigos de la Cooperativa. Pero a esas personas audaces, incomprendidas, no pueden hacerles daño. A buen seguro que son fuertes cuando no se han arredrado para hacer tal cosa. Pero ¿de dónde les viene esa fuerza? ¿Cómo se han atrevido a hacerlo?...

De tan trabajoso filosofar la sacó la voz de Bětka:

— ¡Lojzka, tienes que ir a descalzar al amo!

La vieja costumbre hizo a Lojzka dejarlo todo. Se limpió las manos en el delantal y fué allí. La habitación estaba llena de humo; el olor, inhabitual, de los cigarros puros y el aguardiente de ciruelas derramado indicaban que había habido alguna visita de consideración.

— Hace una hora que te estoy llamando. ¿Por dónde vagabundeas?

Lojzka estaba aquel día como una vieja locomotora descarrilada.

— He venido inmediatamente — dijo con hosquedad. — No vagabundeo por ninguna parte, pero no tengo más que dos manos para todo.

— ¿Es que tengo que ir yo a ayudarte? — se enojó el amo.

— El agua entra por la chimenea, mi amo — dijo re-

suelta. — La valla está caída, el palomar se derrumba y las palomas han volado.

— ¡Que se las lleven los demonios! — maldijo Valnoha. — ¡Que se pudra todo y se derrumbe sobre nuestras cabezas!

Se revolvió impaciente y extendió de nuevo la pierna.

— ¡Lástima y más que lástima! — dijo Lojzka. — Da compasión.

— ¡Descálzame y cállate la boca! — le gritó tajante. — Se te ha desatado la lengua; te has vuelto muy charlatana.

La miró más atentamente. Observó que hablaba más que antes. Lojzka se arrodilló trabajosamente y empezó a desatar los cordones. Abrió los brazos con expresión de impotencia.

— No se pueden desatar.

El amo se exasperó.

— Lojzka, ¿te estás chanceando? ¡No me saques de mis casillas!

— No hay manera de desatar los cordones. Tienen un nudo.

— ¡Pues mete las tijeras! ¿No ves que quiero dormir?

De pronto Lojzka se decidió. Se levantó penosamente, se estiró el delantal, se alejó unos pasos y dijo con tono bonachón:

— ¿Sabe qué, mi amo? Pruebe una vez a hacerlo usted mismo.

Valnoha se quedó de momento como si alguien le hubiera dado un latigazo en el rostro. El dulce adormecimiento, que buscaba el camino más corto y plácido hacia el sueño, desapareció súbitamente.

— ¿Qué? — gritó, y se irguió amenazador en su asiento. — Lojzka ¿te niegas a obedecerme?

Lojzka se asustó al ver la cara del amo. Aquel rostro purpúreo se amoratá hasta tomar un tono apoplético. Desde sus ojos, dos crueles chispas azules resbalaron por el cuerpo de Lojzka. A ella le causó asombro que unos ojos azules pudieran ser tan malvados. El amo abrió lentamente la boca y enseñó los dientes, como si quisiera morderla.

Lojzka se retiró un paso, dos pasos; pero no huyó. Lo dicho dicho estaba. Sentía una audacia desesperada; ya todo le era igual, que fuera Dios o el Destino quien lo hiciera: ¡Tenía que suceder!

— Haré todo lo que me mande! mi amo, le serviré con agrado, le traeré el pan; pero arrodillarme no lo haré más. ¡No, no! ¡Eso nunca más! ¡No quiero! ¡No lo haré!

Pero Valnoha se había dejado ya caer en la butaca. Cerró los labios y apretó fuertemente, convulso, los brazos del asiento.

— ¿Conque te rebelas? — dijo con una voz extraña,

no suya. — ¿Es que tú te atreves a hacerme resistencia?

Así, ocultos los dientes, no parecía tan terrible como antes.

— En el establo me arrodillo ante cada animalito, pero ante usted no volveré a arrodillarme...

El amo saltó con súbito impulso de su asiento, le señaló la puerta y gritó:

— ¡Fuera! ¡Largo de mi vista! ¡Arregla tu petate y lárgate! ¡Que no quede de tí ni sombra!

Pero Lojzka no se movió. Se sentía con valor para decirlo todo, para hacerle relación de todas sus quejas, de las injusticias sufridas en tantos años; para lanzarle a la cabeza su «fidelidad» y hacer añicos en su cráneo aquel falso ídolo en cuyo nombre había sido una esclava desde la adolescencia.

Valnoha también se había recobrado ya. Empezó a hablar como consigo mismo, despacio, razonador:

— ¡Y yo he dado calor en mi pecho a semejante víbora! ¡Pero espera, que aun no he dicho mi última palabra!

Mas Lojzka ya no se arredraba. Se sentía completamente aliviada pensando que lo peor había pasado ya y que él ya no podía hacerle nada. ¡Su corazón se había hecho de pronto tan ligero! Dió un paso adelante.

— Yo ya sé, mi amo, que es usted un gran señor, pero a pesar de eso, no le descalzo las botas.

Sobre ella relampaguearon los ojos azules del amo,

pero el fulgor se apagó inmediatamente bajo las cejas. Después él cambió de táctica. Se inclinó, quejumbroso, y trató de desanudar los cordones. No lo consiguió. Empezó a hablar, lastimero:

— ¡Ingrata! ¡Vete, que ya te arrepentirás! Sesenta años llevas aquí, en esta casa. Has pasado por buenas y por malas, así es la vida. Me has llevado en tus brazos, tú me diste las primeras papillas, me cantabas cancioncillas, me decías cuentos... ¿Es que te has olvidado de todo eso, Lojzinka?

El corazón de Lojzka se apretó de emoción.

— Nunca hasta ahora me habías hablado así, Vašík; es la primera vez que te oigo decirme esas cosas. Yo no me he olvidado de nada, aunque tú, sí, lo hayas olvidado. Te llevé en mis brazos mientras no supiste andar, pero apenas pudiste sostenerte en pie empezaste a acosarme como a un perro...

— ¡Bah, bah! — dijo con acento arrepentido el amo — Te he chillado un poquito, ése es mi carácter, pero nunca te he puesto la mano encima, eso lo tienes que reconocer. Y a mi hermana Bětka la he cascado, eso que es de mi propia sangre, pero a tí siempre te he tratado con consideración. Yo pensaba que a tí eso te agradaba, servir al amo, ¡eso es un honor!, adormecer mi pierna dolorida, para eso te elegí a tí, y así me lo pagas... Me traicionas como los demás, abandonas la propiedad donde has nacido, te vas...

— Yo no me voy, Vašík, me echas tú. Yo aquí seguiría hasta el fin; soy vieja, ¿qué otra cosa podría hacer? ¿Quién iba a quererme ya para nada?...

— ¿Lo ves, gansa tonta? — dijo él, inmediatamente tranquilizado. — No hagas bobadas. Me olvidaré de todo lo que has dicho. Ya ves, me llamas Vašík, y me gusta, es más franco, me recuerda aquella canción del tamborcito. Y me agrada que me tutees, a mí, tu amo. Así, tutéame; a nadie más se lo consentiría, le rompería lo morros. ¡Bueno, y ahora quítame las botas!

Lojzka le respondió:

— Oye, Vašík, ¿Y si tú me sirvieras una vez a mí? ¡Anda!...

Le tendió uno de sus viejos zapatones.

— ¡Tantas veces que yo te he descalzado y tú a mí ni una sola!

El amo se agarró con ambas manos a los brazos de su asiento para no castigar allí mismo tal insolencia, porque se mancharía si pusiera sus manos en aquella pezuña, ¡qué afrenta! Pero al instante se encogió y una pícara sonrisa asomó a su roja boca bien redondeada. — ¿Y por qué no había de hacerlo, Lojzka?, respondió sonriente. Tenemos que ayudarnos mutuamente, unas veces yo a tí y otras tú a mí. ¡Vamos, siéntate!

Se levantó presuroso y le ofreció la butaca con gesto galante.

Eso sí que no lo esperaba de ningún modo Lojzka. Se quedó asombrada de que fuera capaz de humillarse hasta tal extremo ante ella. Pero ¿por qué? ¿Es que quería avergonzarla con su generosidad? Piensa que, naturalmente, rehusará y caerá emocionada a sus pies para pedirle perdón. Era un momento decisivo. O se somete o... Quizás se equivoque, quizás el amo piense sinceramente... Estuvo dudando dos minutos; bajó los ojos al suelo, pero, al hacerlo, su mirada encontró las puntas de sus viejos zapatos, y eso la decidió. Se deslizó en la butaca y le tendió el pie al amo.

Este frunció el ceño, hosco. Ciertamente, ni aun en sueños se le había presentado la idea de que ella osaría sentarse en su asiento, la obtusa Lojzka, la última criada de la propiedad. Se dió pronto cuenta de que lo había calado, que había adivinado su juego. Era preciso salvar la situación; quisiera o no quisiera, tenía que seguir hasta el final ese juego ignominioso.

— ¡Válgame Cristo! — exclamó horrorizado. — ¿Qué es lo que llevas en los pies, Lojzinka? Estos no son zapatos, esto es cemento.

— ¿Hasta ahora no te habías fijado, Vašík?

Agarró con repugnancia la punta y el tacón entre las yemas de los dedos. Lojzka sacó el pie, y el zapato se le quedó a él entre las manos. Lo miró, abochornado; le dió vueltas como si no comprendiera aquello, y habló a Lojzka con reproche:

— ¿Por qué me haces esa afrenta, Lojzinka? ¿Por qué no te compras un calzado decente?

— Aun no he podido ahorrar para eso, Vašík.

— ¡Pues habérmelo dicho! ¿Por qué no me lo dices? Te daré unas botas mías en buen uso. ¡Con tal que no te estén pequeñas!...

— Te lo dije un par de veces, Vašík; pero hacías como si no me oyeras. Mira, mira bien, amito.

Desenrrolló las bandas que envolvían su pie. Valnoha miró, enrojeció y echó hacia atrás la cabeza rápidamente. Después, sobreponiéndose, volvió a mirar. Y dijo con aire conocedor, con seguridad de apreciador, como si quisiera halagarla:

— ¡Vaya, que te los has deformado bien!

— ¿Yo?... — gritó colérica Lojzka. — Tú eres quien me los ha deformado así. Esto es obra tuya. Este es el resultado de haberte servido durante cincuenta años.

Se calzó el zapato apresuradamente y se puso en pie.

— No tengas miedo, que no tienes que descalzarme el otro. Es igual que éste. Y ahora siéntate en tu trono. ¡Pero desde hoy cada uno se descalzará los suyos.

Valnoha comprendió que su juego había terminado y que podía descubrir las cartas.

— ¡Ah! ¿Conque eres una de ésos? — cantó más que habló haciendo vibrar en la é una nota de prevención. — Sabemos de dónde sopla el viento. Pero aquí, Lojzka, gastas la pólvora en salvas. ¿Sabes quién ha estado sentado ahí, en ese asiento, antes? El camarada y dueño de esa empresa. ¡*Nota bene*, compañero mío! Lo que yo le digo, eso es lo que hace. La cooperativa soy yo, también. Yo también tengo allí voz, lo mismo cuando no grito abiertamente que cuando lo digo solamente al oído... Esto, Lojzka, que se te clave bien en la cabeza.

— ¡Mientes! — murmuró ella con voz ahogada y se echó las manos a la garganta. Sentía que se le apretaba, le faltaba la respiración. Lo miró, atontada. Vió como se reía con fatuidad, como tomó cuidadosamente la copa llena y vertió el contenido otra vez en la botella. Retrocedió hasta la puerta y, abrumada por completo, salió tambaleándose al corral.

VI

Con su traje dominguero, como un negro pájaro selvático de violada cabeza, escapó del corral. Corría si pudiera llamarse correr a aquel brincar por una tierra áspera en la que cada prominencia rugosa era como un alfilerazo para sus pies.

Si alguien hubiera visto en ese momento a Lojzka, en la carrera de sus dolores con el tiempo, se hubiera quedado estupefacto o hubiera reído a carcajadas. ¡De prisa, de prisa! Una idea fija la impulsaba hacia ade-

lante: decir a Frantina que no dejaran entrar en la cooperativa al propietario Valnoha. Y si ya estaba en ella, entonces, ¡qué desgracia! todo estaba perdido. Entonces todo empezará a ir como en la propiedad. Él dijo: — ¡La cooperativa soy yo! — ¡Que no lo permita Dios, tres veces! — El se haría el amo de la cooperativa. Pronto diría: — ¡La vaquería es mía! ¡Todo es mío! ¡Afuera! — Y arrancaría y rompería las tablillas con los nombres de las vacas y destruiría las máquinas milagrosas...

¡Buena gente, reunid vuestra fuerza! No le dejéis meterse entre vosotros! Atrancad todas las puertas, cerrad con llave; y si os alaba no lo creáis, no os dejéis envolver; yo ya lo he calado. Aunque sólo sea, os enseñaré mis pies para que veáis quien es. Defended esta hermosura; es para vuestros hijos, para que los dedos de sus pies sean rosados y olorosos como capullos de rosa... Para que la gente toda del mundo tenga calzado cómodo y bonito, y sea un placer andar y trabajar con ese calzado... para que conservéis toda la vida los pies sin callos, sin nudosidades, tal como Dios los hizo.

Cuando a tropezones llegó hasta el corral de la cooperativa se detuvo perpleja en el medio. ¿Cómo podría acordarse hacia dónde debía dirigirse para econtrar a Frantina, cuál era la cancela que había que pasar para ir a su vivienda? ¿Cómo conocerla?

Y no se veía un alma a quien preguntar.

Miró en torno, perpleja. El tiempo apremia y su idea la impulsa sin cesar a correr a algún sitio, que no sabe dónde está... y quizás él corra ya también. De nuevo se puso a andar, se apresuró, llena de preocupación, para no retardarse. Pero cuanto más caminaba más veía que su grito de alarma casi era inútil, que todo era distinto de como ella se lo había figurado.

Lojzka se contrajo; en sus espaldas resonó una voz. La alcanzó un hombre de mediana estatura, ancho de hombros y corto de piernas, que vestía una camisa sedosa. Si llevara sombrero Lojzka lo clasificaría entre los señores, pues su aspecto era inteligente e importante. Pero cubría su cabeza con una boina verde con un gran pompón en el centro, y esto a Lojzka la confundía. La examinó como si fuera una planta desconocida, pero en seguida dejó de interesarle.

— ¿A quién busca? — le preguntó al paso, marchando muy de prisa a algún sitio.

— A Františka — replicó y apretó el paso tras él para que no se le escapara. — Es decir, a Frantina — aclaró para que no hubiera confusión. — Vino aquí desde la hacienda de Valnoha. Me hace el favor...

Vió el hombre cómo marchaba a trompicones tras él y acortó el paso.

— Frantina está en el establo — explicó espaciando las palabras. — ¿Usted no es de aquí?

— Bien seguro que soy de aquí — respondió. — ¡Si aquí he nacido! Pero me paso todo el año sin ir a ninguna parte.

— ¿De qué familia es?

— Yo soy Lojzka, es decir, Boukalová. Sirvo en casa de Valnoha.

La saludó con una inclinación de cabeza y le dió la mano.

— Janderka — se presentó.

La dejó muda de asombro semejante honor que le hacían, así, de pronto. El hombre tenía la palma de la mano resbaladiza como un pez, y al mismo tiempo que daba la mano a Lojzka la apartaba de sí. Un hombre raro.

— El establo me coge de camino. La llevo hasta allá.

— Todo es aquí bonito, lo que veo. Pero ustedes no saben... ¡no saben lo que les amenaza!

El señor Janderka, al oír esto, sonrió. ¡Oh, si supiera cesaría de reír!

— ¿Qué es lo que nos amenaza?

— ¡La desgracia! — gritó.

— ¡Vaya!... ¿Puede decirme cuál?

— Solamente, si pudiera sentarme en algún sitio...

El advirtió, al fin, cómo se esforzaba para seguir su paso, cómo vacilaba y tropezaba al andar. Volvió la espalda al establo y la llevó hasta un tilo que se alzaba

en medio de un espacioso patio adoquinado. Aquello era como un verde oasis, con macizos de menudas flores alrededor de un estanquillo. Junto a un banco rojo, bajo el tilo, había un poste redondo de granito que sostenía una urna de cristal. Lojzka pensó al principio qùe allí, bajo el cristal, estaría la Virgen María con el Niño; pero había un barómetro y otros aparatos.

— Siéntese aquí, señora Boukalová.

Lojzka se arreboló.

— Yo no soy señora. Yo... yo no soy más que Lojzka.

— Digamos Lojzinka — bromeó él y miró el reloj. Ella no prestó más importancia a la cuestión y empezó a explicar. Pero una cosa es saber y otra muy distinta hablar. Hablar de tal manera que sus palabras sonaran la alarma, que aquel hombre echase a correr para llamar a la gente. Pero él no hacía más que revolverse en su asiento. Su semblante tomó un aire de absoluta tristeza y sus ojos la miraron, salientes, como si le reprocharan o la compadecieran. Y, de pronto, la interrumpió.

— Espere. Esto tenemos que decírselo a nuestro presidente.

— ¡Pero yo creía que era usted!

— ¡Qué voy a ser! — Rió fuerte como si le hubieran dicho un buen chiste. — Yo soy el agrónomo de aquí.

Pero calló de repente como si se diera cuenta de quién estaba ante él.

— Ya sé — siguió diciendo, — Valnoha —. Su expresión se ensombreció. — Se trata de su ingreso en la cooperativa. Tiene gran experiencia, conocimientos especiales, y así sucesivamente... Tiene probabilidades, tiene quien lo avale... Pero a mí todo eso no me incumbe. Perdone. Voy a llamar...

— ¡Pero eso nos incumbe a todos! — gritó casi Lojzka. — A usted también.

— ¡No, no, viejita! — Se levantó con resolución y se estiró sobre las piernas. — ¡Déjeme a mí en paz; no me enrede en eso. Sin ello ya no sé dónde tengo la cabeza. Yo me ocupo en que llenen los graneros, en propagar el michurinismo, en mejorar la sembradura, en las plantaciones de manzanas Janderka, en sesenta áreas, y no tengo tiempo, en absoluto, para preocuparme aún del señor Valnoha...

— Pero, señor — exclamó Lojzka — ¿de qué le vale que estén llenos los graneros si él mete ratas en ellos, y sus manzanos si él pone en ellos orugas...

— Dispense — la interrumpió bruscamente, y miró su reloj de pulsera. — Tengo que apresurarme; estamos haciendo ensayos con patatas tempranas. Pero avisaré al presidente. Espere unos instantes.

Lojzka quedó sola. Miró encogida cómo el hombre alargaba presuroso las piernas para recuperar el tiempo perdido. ¡Lástima! ¡Una verdadera lástima! ¡Qué hombre tan raro! Cuando se estaba acostumbrando a él se escapaba. A él eso no le incumbe; no teme a Valnoha, y puede ser que por eso no la haya escuchado hasta el fin. Pero ¿y si esto fuera realmente una tontería? ¡Y ella, pobre loca, aun creía que le iban a dar las gracias! ¿Y si el presidente tampoco tuviera tiempo, si se riese también de ella como si estuviera loca? ¿Y si la manda a casa para que no lo entretenga impidiéndole trabajar, pues conoce a Valnoha y sabe qué y cómo... Quizás lo mejor sería no pasar de allí, marcharse.

Y, bruscamente, sobre su cabeza sonó un trueno. Algo crujió, y después retumbó una voz:

— ¡Atención! ¡Atención! ¡Llamamos al presidente! Que vaya el presidente en seguida hasta el tilo. Lo aguarda allí una visita.

Era el altavoz colocado en la parte superior del poste, directamente sobre su cabeza; y la misma voz se repetía, con un pequeño retraso, como si resonara en todos los rincones del mundo. Lojzka se alzó de un salto, asustada; pero en seguida se tranquilizó. Llamaban al presidente para que fuera donde ella estaba. Esto le dió fuerzas. Fuera quien fuera, le diría todo cuanto sabía y que tenía que «clavarse bien en la cabeza». ¡Una voz así hacía falta! ¡Una trompeta en la boca para que se oyera en todos los edificios

y dependencias, y en los campos y en los bosques, para que despertara a todos y los sacara de su calma, que los agrupara para hacer frente al lobo que quiere introducirse en sus rediles!

Dirigió una mirada en torno al patio vacío. No se veía ni una sola persona, en ningún sitio. Todos estaban aún en los henares, removiendo, amontonando, agavillando el heno, y riendo y cantando, sin sospechar que el desastre está a la puerta.

Pero no llegaba nadie. En mucho, mucho tiempo, nadie venía. Lojzka descansaba y esperaba apaciblemente. Ya no podía pensar todo el tiempo en lo mismo. Su imaginación iba de acá para allá. Gozaba estando así sentada; podía apoyar su dorso jiboso y echar la cabeza hacia atrás. Lojzka solía sentarse en cajones o en un tronco de árbol, y cuando le cabía el honor de sentarse en una silla no osaba hacerlo más que en el borde del asiento; nunca se recostó en un respaldo; eso a ella no le correspondía.

Pero allí sí se lo permitía. Se recostaba en el respaldo, y en seguida bostezaba. Miraba para ver si no observaba nadie, y otra vez se recostaba. Y otra vez bostezaba.

El estanque pronto se llenó. Estaba rodeado de gladiolos, azules y dorados, y unos escalones lo bordeaban. Hubiera deseado sentarse en el último de aquellos escalones, quitarse los zapatos y sumergir

sus ardorosas piernas en el agua, hasta la rodilla, le parecía que lloraría de placer. ¡Y si pudiera toda ella meterse en el agua, tenderse allí a dormir, dormir dulce y largamente, así como cien años! Y despertarse de pronto después, salir del agua joven y bella como una muchachita con las piernas desnudas, suaves, rosadas, sin una sola mancha, que fuera un gozo sostenerse en piernas tales, que fuera una dicha dar un paso, que fuera una dicha correr al encuentro... al encuentro... Y Lojzka se pone a correr por un prado lleno de flores. Pastan allí unas vacas aun más hermosas que las que vió en el establo. Cada una tiene el nombre de una flor, y Lojzka las conoce a todas. Llama: Miosotis, ven aquí. Y Miosotis se acerca y le lame la mano y sus ubres repletas casi tocan la espesa hierba. Lojzka se sienta, y apenas acaricia las ubres chorrea la leche en un tazón con miosotis pintados, aquel mismo tazón que un día, hace mucho tiempo se volteó sobre el fogón y se rompió. Y Lojzka bebe, se inclina sobre el tazón hasta que su nariz se moja de gotitas blancas, y vuelve a ordeñar... Se despertó de pronto.

Una nubecilla negra encima de su cabeza roció su rostro con algunas gotas. Pero el sol se bebió a la nube, no quedó de ella nada. Delante de Lojzka, como caído del cielo, está un hombre larguirucho con una camisa a cuadros, abierta sobre el pecho velludo.

Lleva en la cabeza un ancho sombrero de paja para protegerse del sol y viste pantalones de dril, metidos en unas botas altas.

Lojzka, tras unos momentos, volvió a la realidad. Primero se avergonzó de haberse dejado ganar por el sueño, pero en seguida le revino la consciencia: el presidente. ¡Es el presidente, Lojzka, repórtate! Y eso que no tiene aspecto de presidente con ese sombrero de pagano. Miró su rostro bajo el sombrero, y contuvo una exclamación, ¡era para hacerse cruces! ¡Aquél era Pecháček!

Lo h bía conocido en la escuela, cuando asistía a ella. Se acordaba de que era un salvaje hambriento y andrajoso; nadie quería sentarse junto a él, se decía que tenía piojos. Recordaba que todo lo mordía, porque tenía aquellos dos grandes dientes de delante salientes. Mordisqueaba el lápiz y el mango de la pluma, y tenía las uñas todas comidas; mordía hasta cuando se peleaba; por eso le tenían miedo incluso los chicos que eran una cabeza más altos que él. Mucho después, lo vió alguna vez de lejos afanado en trabajar su pequeña parcela; ni una vaca tenía y decíase de él que araba con una cabra. Tenía fama de rebelde y bolchevique.

Por eso la atemorizaba en aquel momento y bajaba rápidamente los ojos. Otra vez lo miraba y otra vez los bajaba; no podía sostener su mirada firme, inquisitiva. Después vió aquellos dos incisivos anchos, conocidos, que le sonreían. Y, de pronto, como si le saliera al encuentro algo magnífico y bueno que tuviera la virtud de consolarla, encontró sus ojos; lo que había en ellos y en torno a ellos; su color castaño, su expresión pícara, las arrugas que se formaban alrededor, envejecidos, fatigados... Todo, en su conjunto, era bello y familiar, infundía confianza y curiosidad de cómo iban a ir las cosas.

— ¡Lojzka! — Le tendió la robusta mano. Esperaba antes la muerte que esta visita! ¡Sea muy bienvenida! Siéntese; yo me sentaré también aquí.

Hablaba en tono de confianza, como si quisiera darle tiempo a serenarse.

— Fuimos juntos a la escuela. ¿Se acuerda acaso aún de mí?

— ¡Cómo no! — dijo gozosa Lojzka. — Y eso que no fuí mucho tiempo a la escuela.

— Llevaba, me acuerdo, un delantalillo azul punteado...

— ¡Llevaba! — gritó asombrada de que él se acordase. Y, de repente, vió aquellos puntitos como si los tuviera delante de sus ojos, cuando la llamaban para preguntarle en la escuela, y bajó la cabeza.

— Tengo una memoria tremenda — dijo él riendo, y se puso a encender una pipa, como para salpimentar ese momento.

— Y ahora dígame, Lojzka, — añadió — ¿a qué ha venido? ¿También a recomendar a Valnoha?

— También — afirmó sin imaginarse ni por un momento que esa palabra significaba en realidad lo contrario de lo que ella pensaba. ¡Ni en sueños podía pasarle por el pensamiento que pudiera encontrarse una persona que intercediese por Valnoha!

Pecháček se rascó el cogote. Malhumorado dejó escapar:

— ¡Lléveme el diablo si lo entiendo!

Ella quería empezar y no sabía cómo. A decir verdad, no sabía nada, y lo que sabía quizás fueran sólo tonterías. ¿Y si Pecháček se riese de ella? ¿Y si todo no fuera más que pánico, que se la hacían los dedos huéspedes? Sin embargo... Eso lo sabe seguro, el amo trama algo contra ellos, apostaría la cabeza. ¡Oh, ése es un astuto!...

— Es astuto como un policía y el diablo todo en uno... — Empezaba de una manera rara, lo sabía, pero le era igual ya. — Ese tiene la clave de todo y se ríe de ustedes. Sabe todo lo que hacen, y hará algo, algo turbio, cuando menos lo esperen. Ese no sabe lo que es miedo... Está predestinado al infierno, y hasta allí será él el Satanás; así es él, el amo. ¡Lo que él te dice has de hacerlo inmediatamente, hombre! Cuando te dice: «descálzame» tienes que descalzarlo... Y si te dijera: «tráeme una brasa en los labios» ¡ya puedes lle-

várselа, hombre! ¡Desgraciado de tí si no lo haces!...

Después empezó a hablar de las botas; cómo lo descalzaba cuando, después de comer, quería amodorrarse; cómo se había habituado a eso y las diferentes cosas que ella había podido ya escuchar. Cómo unas veces maldecía a la Cooperativa y otras veces la ensalzaba como una cosa excelente. Cómo decía que se los iba a meter en el bolsillo. Cómo, últimamente, ella se había negado a descalzarlo y cómo había saltado sobre ella cuando le dijo que se descalzara solo.

Mientras Lojzka hablaba, el presidente movía la cabeza de arriba abajo y la miraba atentamente. Ella se dió cuenta. Advertía ahora, lo mismo que había observado los ojos de él, su propia rebeldía y su audacia para esa rebeldía. ¿De dónde la sacaba? Aquel hombre, con una sola inclinación de cabeza, le había devuelto la dignidad. Le explicó que Valnoha había gritado furioso: «¡La cooperativa soy yo! ¡Yo tengo allí voz, y hasta con que sólo hable al oído!...»

Lojzka calló. Pecháček puso su mano sobre el dorso de la de ella.

— Esto que dice, Lojzinka, es una cosa extraordinariamente importante — dijo. — Valnoha se pega a nosotros verdaderamente, y muchos de los miembros de nuestra cooperativa están de su parte. Muy bien ha dicho usted que es un astuto, pero a mí, de cualquier modo, no me merece confianza, ¡ni aunque se fin-

giera San Isidro! ¡No ha venido en vano, Lojzinka! Y cuando se trate del ingreso de Valnoha usted tiene que hablar. Frantina también presentará pruebas, pero su voz, Lojzinka, tendrá más alcance. ¿Ha venido además para inscribirse en la cooperativa?

Lojzka se asustó.

— ¿Yo? ¡De ningún modo! ¿Qué iban a hacer conmigo? Lo que necesitan son manos y pies sanos, y mis pies están completamente agotados; serían un estorbo inútil para ustedes.

— ¿Es decir que ha venido sólo para prevenirnos?...

— La cuestión es que no sea en balde.

— Así que... ¿no querría venir con nosotros?

— ¡Cómo, si no querría! Pero ¿cuánto tiempo voy a sostenerme aún en las piernas? Caeré y tendrán que mantenerme. ¡No, no pueden cargar con semejante inválida! Usted no ha visto aún mis pies. Hasta el amo se espantó al verlos. ¡Y eso ya es decir!...

— ¿Y si se lo pido de todo corazón, Lojzinka?

Le cogió la mano entre las palmas de las suyas y se la acarició como si la estuviera cortejando.

— ¿Me hará usted ese favor? ¿Eh?

— ¡Pero si yo...!

Y Lojzka, inesperadamente, le besó la mano. Cuando Pecháček quiso retirarla era ya tarde. Después se echó a reir y se metió las manos en los bolsillos.

— Aquí perderá esa costumbre, Lojzinka. Pero, ante

todo, la enviaremos a un balneario; allí se curará los pies. Y después veremos. Y ahora, se trae usted los cuatro trapillos que tenga...

— ¡Pero si no tengo nada! ¡Todo lo que tengo lo traigo puesto. ¡Si no tuviera que volver más allí!...

Del establo salió un grupo de mujeres; entre ellas destacaba una mancha roja.

— ¡Frantina! — llamó Pecháček.

Frantina se acercó. Clavó los ojos en Lojzka y después miró al presidente. Éste hizo un signo afirmativo con la cabeza. Frantina comprendió. Se echó sobre Lojzka y la abrazó.

— ¡Basta ya, abuela! ¡Basta ya de vacilaciones! ¡Mucho ha tardado en decidirse!...

Lojzka no hacía más que balbucear:

— ¡Tesoro, tesoro de muchacha!...

— Estoy pensando — dijo Pecháček — dónde podríamos alojarla. Dónde podría dormir...

— A mí me basta un cuchitril y unos trapitos. No les voy a molestar.

— Dormirá usted en mi cuarto — decidió Frantina. — ¡Ponemos allí otra cama, y listo!

— ¡Pero eso no puede ser!... ¿Cómo voy a merecerlo?

— ¡Pues si va usted a trabajar!

— ¡Eso sí! ¡Y les seré fiel! ¡Les serviré, les serviré fielmente hasta mi último aliento!

RELATO DE UNA MADRE

Jiří Marek

Si le cuento este acontecimiento, señor, es porque usted se dedica a escribir y porque creo que ha llegado el momento de dar a conocer este asunto a un círculo más extenso que el de mi eterna soledad. A usted, pues, le toca traducir mi inhábil lenguaje como es de

uso en las bellas letras. Y déle, se lo ruego, toda la fuerza e indignación, toda la tristeza y el valor de advertencia que es posible alcanzar en la narración escrita. Ello es necesario, porque así, seguidamente, quizás la gente creerá lo que voy a referir.

Habito en un gran inmueble donde soy una mujer completamente desconocida y que no tiene, en verdad, nada de particular. Nadie o casi nadie me conoce. Las dos ventanas de mi cuarto dan a una calle sin sol y, a través de las cortinas, veo las paredes de las casas de enfrente. Sería inútil para mí el tener una vista más hermosa, ya que no contemplo más que el pasado.

Una o dos veces al día, cuando salgo con mi negro bolso de compras y regreso inmediatamente, la gente del inmueble me encuentra. Ando lentamente, tengo el corazón enfermo y respiro con dificultad. (¿No le ha extrañado jamás el que haya tantas mujeres abandonadas saliendo de esta guisa sin que nadie haga caso de ellas? La vida que les rodea no está hecha para ellas, los escaparates no resplandecen para ellas, nadie las espera y sin embargo ellas viven, como al margen de todos los acontecimientos, como su sombra. No obstante, todo lo que sucede les concierne tanto como a aquéllos que beben la vida a boca llena. Pero detrás de ellas hay algo pesado, cierta dolencia ignorada que nadie conoce, toda una existencia frustrada de la cual no se habla más.)

— He ahí a la vieja señora del bajo — dicen hablando de mí, que me voy de compras.

Pero un día, la portera se fijó en mi fecha de nacimiento y exclamó sorprendida:

— ¡Al fin y al cabo, es usted joven todavía! Son sus canas las que hacen eso.

— Y otras muchas cosas aún, señora. Además, yo no soy joven. Algunas veces suelo decirme que ya tengo mil años.

Se puso a reír, lanzando una mirada incierta y triste, como si yo le diera lástima. ¿Pero por qué esa compasión? Mi vida no siempre ha sido lo que es hoy. También fué bella antaño. Mi marido y yo vivíamos bien, nuestra vida era feliz, nos nació un niño.

En suma, esta historia nada tiene de extraordinario, ¿verdad? Millares de personas conocen cosas semejantes. Hasta casi me temo que usted no tome nota de un relato tan trivial. Tenga paciencia un minuto todavía, se lo ruego.

Vino la guerra. Tampoco esto, claro está, tiene nada de excepcional. Todos la hemos vivido, y todos sabemos, hasta demasiado bien, cómo sucedió. ¿Pero no le parece a usted que no basta, en absoluto, decirlo buenamente así: la guerra? Esta es una pobre palabra, una simple sílaba que está muy lejos de expresar todas las atrocidades que esconde. No es, me parece a mí, un término apropiado, es demasiado suave; ese vocablo debería rechinar, disonar, hacer daño, apestar a pólvora y a sangre calcinada... Y poco sería aún comparado con la realidad.

Mi marido fué uno de los combatientes de esta guerra. Sin armas en la mano, fué detenido y condenado a muerte por actividades subversivas. Y me quedé sola con el pequeño.

Es indispensable que usted comprenda dos cosas: el horror y la pesantez de la palabra «guerra». Guerra, durante la cual cualquier acción humana pierde su sentido, durante la cual la muerte viene a sentarse a la mesa misma de los vivientes, y después, como contraste, el encanto y la ternura de un niño que, mientras duerme, está apretando sus diminutos puños como queriendo asir un sueño inaprensible.

Debe usted describir con esmero, tenga, un espectáculo como éste: El sol resplandece sobre un sendero del parque. El niño corretea en medio, y ulula y silba haciendo el vaivén del pistón con su bracito. ¿Quién pretende que se trata del sendero de un parque donde se están cavando trincheras antiaéreas y donde se ve a la gente cansada mirando al suelo? ¡Vamos, qué afirmación! Ello es un tren que corre sobre sus raíles, es una aventura maravillosa, y el mundo es hermoso porque lo puedes transformar con una sola ojeada.

Y lo mismo sucede cuando agarra su caballito decapitado. Al instante, el pedazo de madera adquiere

vida. Cabalgándolo a horcajadas, el muchachito caracolea, sacude su cabecita melenuda, amapola desgreñadita, pero rechaza enérgicamente el que pueda tildársele de blando. El, jinete que galopa por montes y por caminos, él, que salva los obstáculos, es un caballista de pelo en pecho. Esta carrera nunca la rematará. Pero he aquí que le atrae un gorrión jugueteando detrás de la ventana... y el corcel cae al suelo, simple objeto inútil, inerte, muerto. Allí, en la ventana, el gorrión se desgañita... Y una naricita se pega al vidrio y se extraña: — ¿Por qué no me ha esperado? ¿Por qué ha meneado la cola? ¿Y qué dice el gorrión si no sabe hablar?

Un instante después, la pelota colorada es muchísimo más bonita que el gorrión; nada iguala su belleza cuando se remonta muy alto, hasta el cielo, para recaer seguidamente y hacer ¡pum! cerquita de tí.

(Mientras tanto, los adultos pasan ante carteles que significan guerra, tormentos y muerte.)

Y el dedito gordezuelo está posado sobre un libro, se desliza a lo largo de las páginas impresas, tropieza en las imágenes, que son tan bellas: gente en automóvil, un cochero con su látigo, un buque de vapor sobre un río... Y ya no es un dedito, ya es un pequeño deshollinador que trepa en su escalera, uno, dos, uno, dos.

—¿Mamá, dónde duerme el deshollinador? ¿Y quién

apaga las estrellitas? ¿Es que el sol es más grande que mi platito?

Todos los niños son hermosos, y cuando se están durmiendo lo son mucho más. Se hunden en los sueños como en edredones y, en el momento en que sus cansados ojitos están a punto de cerrarse, una vaga sonrisa yerra sobre sus labios. Después, el caballito sin cabeza, la pelota y el jilguero van a colocarse al borde de la cama y continúan viviendo, ya que la beldad de ese maravilloso mundo nunca se desvanece.

¿Por qué he contado todo esto tan extensamente? Porque he visto a mi pequeñuelo ir a la muerte.

Iba, su mirada infantil sorprendida, iba, pasmado por todo lo que le circundaba, dando la mano a los demás, y todos caminaban como en cortejo, marchando hacia la muerte. Y eran tan pequeños, tan cariñosos, tan impotentes...

Mi reyecito... ¡No, no voy a llorar, no tema usted! Sólo mi voz es la que se estremece. Los gemidos, hace tiempo que los dejé detrás de mí. Sólo el horror me ha quedado, pero el horror no tiene llanto.

De esto también debe usted hacer un relato muy exacto: Erase un paisaje desconsolado y desnudo. Un camino árido bordeaba lo largo de la vía, cubierto de lodo reseco. Minúsculos pies de niños trabajosamente se afanan. Encima de sus cabezas, el cielo está empañado y nada se mueve a sus alrededores. Es horro-

roso en exceso; hasta el propio viento siente vergüenza y los árboles permanecen más fríos que el mármol. Habrían huído lejos de este terror si no hubieran estado enraizados profundamente en el seno de la tierra. De silencio está helado el paisaje entero, es presa de un espectral pavor, ni se atreve a respirar. Solamente se mueve ese desfile, esos niñitos que han visto ya demasiadas cosas atroces. Avanzan sin un grito, porque no saben lo que les sucede. Van a cuerpo, como si volvieran de la escuela, con las manos lindamente enlazadas. Y los que los guardan hacen castañear sus botas herradas. Sí, escriba usted esto lo mejor que pueda y dígalo: esos pequeñuelos iban a la muerte.

Los columbré cuando con otras mujeres éramos transportadas en vagones enrejados para un largo viaje, un interminable viaje hacia un lugar de muerte que llamaban, ellos, el punto de destino. Era un viaje horrendo, teníamos sed, nos moríamos de hambre — algunas de las nuestras perecieron sin remisión —, pero el peor dolor era que nos habían arrebatado a nuestros niños. Esta incertidumbre era la más horrible: ¿qué sería de ellos?, ¿se los llevarían? Era despiadado, pero tras todo ello aun había un vago apaciguamiento: nosotras podremos soportarlo todo, lo esencial es que los pequeños vivan. Nosotras..., esto no tiene importancia.

Ese desfile de niños pasaba, pues, cerca del ferro-

carril, costeaba, mudo, el convoy parado allí desde hacía mucho tiempo, seguía muy obedientemente, sin ruido, el camino al final del cual humeaban chimeneas.

Al aplastarnos contra la lumbrera enrejada descubrí a esos niños, ¿qué digo?, vi a mi niño. — ¡Hijito mío! — grité, y, en un postrer destello de conciencia, advertí que se volvía como si me hubiera oído. En ese mismo instante, las otras mujeres me arrojaron hacia atrás, porque ellas también querían mirar. Estábamos poseídas, todas, de una verdadera demencia. Me encontré extendida sobre el piso del vagón. Las demás me pataleaban. Pero — esto lo supe más tarde — surgió un alarido tan espantoso de los vagones que la orden fué dada, inmediatamente, para que el tren se pusiera de nuevo en marcha. El llanto maternal desbordaba en un torrente tan violento que ni las injurias, ni los golpes ni los disparos pudieron detenerlo.

Después de un rato, las mujeres acabaron por apaciguarse (porque la única cosa que ignora su término es la esperanza), persuadiéndose la una a la otra de que seguramente no eran nuestros hijos. En cuanto a mí, dijeron que era imposible que hubiera podido reconocer al mío, por la sencilla razón de que no estaba allí. Semejantes casualidades no se dan. No eran nuestros niños, no podían ser ellos, porque de ser así los hubiesen tratado mejor. Los colocarían en orfelinatos, mas los dejarían vivir.

— No, no, ésos no son nuestros niños — repetían las mujeres —, ésos son niños ajenos.

Pero... ¿cómo «ajenos» si nuestros corazones estallaban al verlos?

Así, pues, se fué en un cortejo parecido mi pequeño, mi muchachote sonrosado, mi sonrisa graciosa, él, que quería saber dónde dormían las estrellas. Y si no era él, era otro. La muerte, de todas maneras, ha sido igual para todos, la muerte de niños conducidos en manada, de niños cuyo pulgar del pie hacía ¡cucú! a través de su calcetín agujereado, de niños limpiándose la naricilla sucia con la palma de su mano, de niños de cabellos finos y delicados como el nido de un gorrión. ¿Existen acaso palabras para expresar tanta barbarie? ¿Es que verdaderamente se puede escribir lo que esas madres sintieron en ese instante?

Lo peor para mí es de haber sobrevivido, de no estar muerta a pesar de que mi corazón hace muchos años que se detuvo. Quizá a la muerte le ha dado vergüenza mirarme cara a cara. Por eso he quedado viva y pude salvarme. Mas mi hijito no ha vuelto.

Esta es toda mi historia, hela aquí: he visto a mi propio hijo ir a la muerte.

Es el destino de la guerra, en la guerra hasta los mismos niños combaten — dijo alguien en la reunión. Pero eso no es verdad, los niños no combaten, se contentan con sufrir. En la guerra, en efecto, siempre faltan combatientes pero sobran víctimas, y el sufrimiento es infinito.

¿Por qué le cuento todo esto? ¿Por qué deseo verle redactar este terrible relato cuando, sin duda, muchos pensarán suspirando que hoy, precisamente hoy, hubieran preferido leer alguna alegre historia de amor y de cosas embelesadoras?

Porque se habla de una nueva guerra.

Con seguridad le digo que la guerra nada puede ya destruir en mi desierto, nada puede ya pillar en mi vida. Pero hay aún mujeres cuyos hijos viven y se despiertan con la sonrisa que tenía mi hijo, se duermen tan rendiditos de fatiga como lo estaba el mío, poseen juguetes como los que él tuvo, y la brisa de sus mismos sueños inocentes refresca nuestra frente.

Escriba usted que velo por todas ellas. Que ellas también deben estar en guardia. Que en el momento en que corren rumores belicosos y las armas se aguzan, yo no ceso de pensar en los gritos de los niños asesinados. Que ellas también deben pensar en ello. Y si cruzo el parque, no veo a los niños entretenidos con sus juegos, sino a aquéllos que no han sobrevivido a la guerra. Cortejos de sorprendidos condenados a la última pena que, en el umbral de la muerte, preguntan si el sol es más grande que su platito.

Escucho con atención lo que los poderosos dicen de la guerra. Yo, la madre milenaria, traspasada por

mil dolores. Nadie hará la cuenta de las tumbas de todos nuestros niños, porque todos estos muertos eran mis niños. Nadie me devolverá ni uno solo de todos aquéllos que se acurrucaban en mi regazo con sus manitas regordetas.

¿La guerra? No, esto no debe ser, los pasos de los niños que marchaban a la muerte tocan generala: ¡no debe haber guerra!

Me llamo María, me llamo Katia, me llamo Raquel, me llamo Penélope. Tengo mil nombres y soy la madre eterna del universo entero.

Hablan de guerra, empero yo no oigo sus discursos, yo. Oigo los gorjeos de los niños y los gritos de los que fueron masacrados.

Alzo y extiendo los brazos, ¡miradme!, alzo y extiendo mis brazos para detener todo ese espanto.

Lo detendré. Y, si es necesario, llevaré mis añosas manos, que ya nunca jamás acariciarán un niño, llevaré mis... las llevaré en torno a la garganta de aquéllos que hablan de guerra.

CONTENIDO

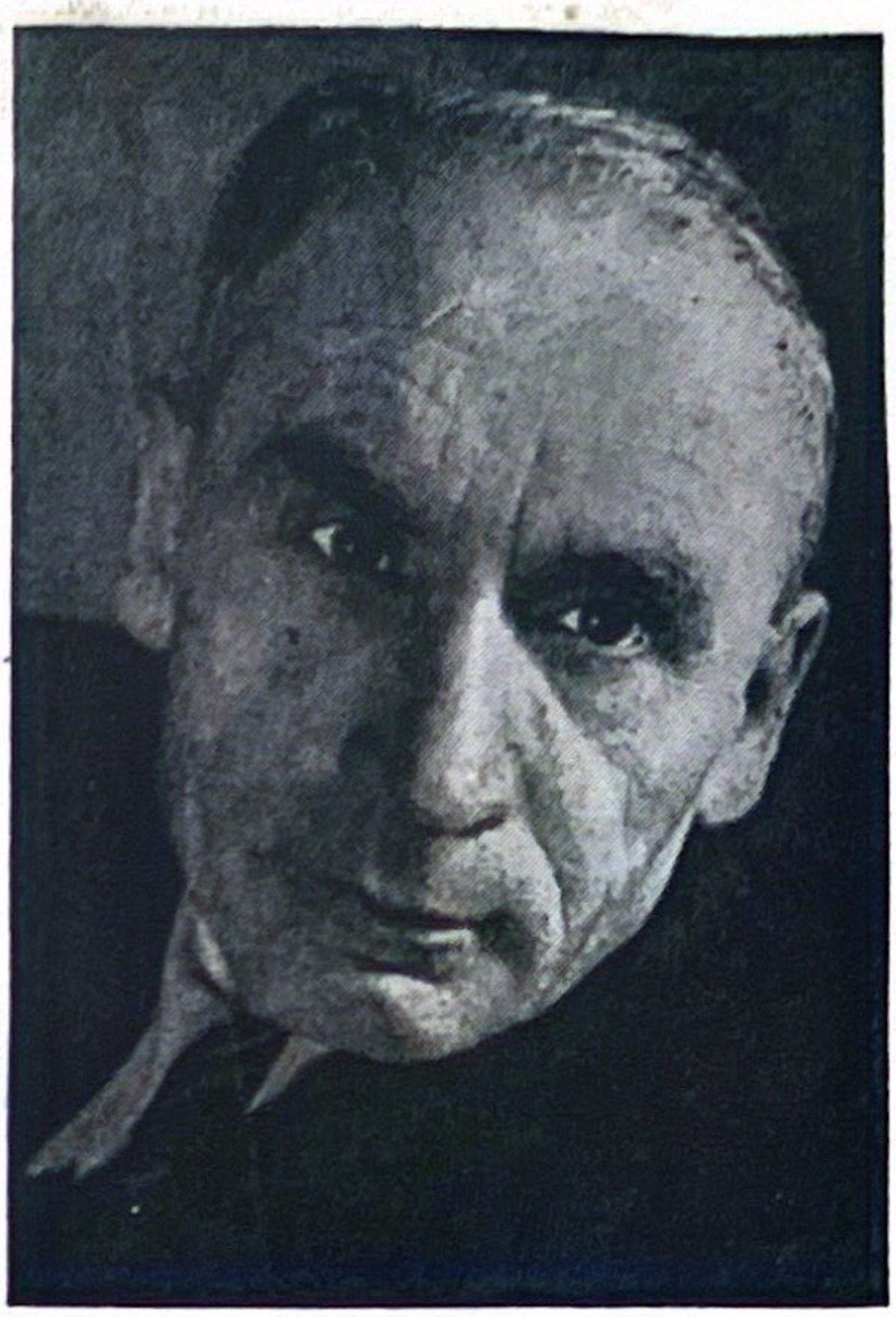
		pág.
Prefacio		5
Jan Drda	La barricada muda	11
Ludvík Aškenazy	El resplandor	31
Jan Weiss	Fidelidad	51
Jiří Marek	Relato de una madre	116

Rogamos a nuestros lectores que nos comuniquen sus impresiones acerca de la presente publicación. Comuníquennos también si desean recibir otras publicaciones sobre Checoslovaquia, las cuales les serán remitidas (salvo si están agotadas).

ORBIS
Stalinova 3, Praga 12
Checoslovaquia

Vertido del checo al castellano por Juan Blazquez Arroyo
(La barricada muda, El resplandor, Relato de una madre)
y Rosa Vilas (Fidelidad).
Las ilustraciones y presentación gráfica son obra
de Jan Černý.

D – 561590



JAN WEISS

JIŘÍ MAREK